

# La Ilustración

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



# Artística

Año XIV

← BARCELONA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1895 →

Núm. 716



CARMEN escultura de Rafael Atché

## SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Semblanza. Rafael Calvo*, por F. Moreno Godino. - *Los apuros de Doroteo*, por Luis Taboada. - *Los sucesos de Armenia*, por X. - *El pobre ciego*, por P. Gómez Candela. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Las dos banderas*, novela original de Florencio Moreno Godino, con ilustraciones de J. Cabrinety (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El Senegal y el Sudán francés en el Campo de Marte de París*, por el Dr. Félix Regnault.

**Grabados.** - *Carmen*, escultura de Rafael Atché. - *Rafael Calvo.* - *Recuerdos del baile*, dibujo original de Francisco Maura. - *En la terraza del casino de San Sebastián*, dibujo de N. Méndez Bringa. - *El patriarca armenio Khrimian.* - *Tipo de soldado kurdo.* - *Bhari-bajá*, gobernador de Van (Armenia). - *Flores del campo*, cuadro de Manuel Villegas Brieva. - *A orillas del Guadalquivir*, dibujo original de Manuel García Rodríguez. - *Sitiando la plaza*, dibujo original de Cecilio Pla. - *Fachada principal y fuentes luminosas de la exposición de Burdeos* (de una fotografía). - *Ausias March y el príncipe de Viana*, cuadro de J. Cebrián Mezquita. - *Fig. 1. Niños negros del Senegal bogando en una piragua en un lago artificial en el Campo de Marte de París* (de una fotografía). - *Fig. 2. Grupo de negras en la aldea sudanesa construida en el Campo de Marte de París* (de una fotografía). - *Fig. 3. Un negro del Sudán* (de una fotografía). - *En acecho*, grupo en bronce de Agapito Vallmitjana Abarca (fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona).

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El 8 de septiembre. - La Natividad de María. - Su culto. - Una misa mayor en la catedral de Bayona. - Reyes de Oriente y tumultos de Occidente. - Los reyes de Servia y las corridas de toros. - Conclusión.

## I

Estamos en 8 de septiembre que conmemora el Nacimiento de la Virgen Madre. Hase confirmado la profecía dicha en los tiempos evangélicos anunciando que habrían de llamarla, sin género de interrupción, bienaventurada todos los siglos y todas las generaciones. Poco después de su muerte, los Evangelios están escritos, y por todos ellos corre la esperanza, que se ha cumplido, contenida en esta sublime palabra: *Beata me dicent omnes generationes*. Y no solamente los Evangelios ortodoxos contienen esta esperanza; confirmanla también los Evangelios apócrifos, en los cuales entran á una, con fragmentos de noticias verídicas, mezclas de gnosticismo, de magia, de ideas sintéticas judeo-alejandrinas, de tantas y tantas enseñanzas como á la sazón pululaban por el mundo, agitado de sentimientos, pero henchido de grandes y luminosas ideas. En todos ellos, con mayor ó menor amplitud, predomina la idea de que María fué la vara, como de una rosa mística, en la cual se hallaban las blancas azucenas que debían aromar los aires de nuestro planeta y las candidas palomas que debían traer en su pico el ramo de oliva reconciliatorio entre la tierra y el cielo. Convengamos en que sucede con esta parte del símbolo de nuestra fe algo de lo que sucede, y no se crea muy dispar la comparación esta, con el resplandor de la mustia luna y el resplandor de nuestro alma sol. Cánsase la retina mirando al sol frente á frente. Cánsase la idea mirando á Dios frente á frente. La luz demasiado viva quema nuestros ojos, como la idea demasiado sublime quema nuestro espíritu. Pero esa misma luz reflejada en el disco de la luna y venida por él á nuestra vista, ¡cómo se dulcifica y nos permite una tranquila y serena contemplación! Hay almas tiernas, hasta en los varones, á las cuales una comunicación espiritual con Dios les parece superior á sus fuerzas espirituales y abrumadora para su voluntad y para su conciencia. El sér de todos los seres, absolutamente bueno, perfecto, sobrepuja de tal manera su pensamiento, que lo anonada y aniquila. Pero esa luna de más humilde disco, de resplandor más suave, nadando nacarada en el cielo azul, con su corona de astros medio borrados por su propia tibia luz, nos tamiza y cierne aquellos rayos de las ideas divinas demasiado abrasadoras para nuestra pobre inteligencia, y nos permite largas contemplaciones, en las cuales absorbemos tranquilos y contentos nuestro espíritu, sin esa desproporción entre nuestro ser y su ser, al fin y á la postre humano, como la que hay entre nosotros y el Ser perfecto y absoluto á quien llamamos por modo inefable nuestro Divino Criador. Podríamos añadir á las letanías místicas otras muchas más de seguro, si

quisiéramos expresar con fidelidad todo lo que María significa para los creyentes. En música, la melodía; en estaciones, aquella de la florecencia universal; en afectos, lo dulce y tierno; en lo bello, el arte puro; en religión, la plegaria; en virtudes, la misericordia; todo esto representa de suyo María, y por ingenuamente representado, merece un culto fervoroso de los hombres y aun de los pueblos más varoniles, que buscan instintivamente aquello que los completa, y al completarlos, también los perfecciona. Decidme, ¿no creéis que á los fuertes aragoneses, en cuyos pechos ha encontrado la patria su fortaleza y en cuyos brazos sus mejores armas, les cuadra, como á ningún otro pueblo, ese culto á la mujer que se idealiza en el religioso culto á su Virgen tradicional é histórica?

## II

¡Cuántas y cuán dulces y gratas reflexiones debo á una Misa mayor que oí en la catedral de Bayona, por el clero al nombre de la Virgen Santísima consagrada en tal día! Yo no conozco ninguna orquesta comparable, aunque la compongan muchos instrumentos y la dirijan grandes maestros, á un buen órgano tañido por manos de artista en una catedral de género gótico. Parece que las piedras vibran, que las bóvedas crecen, que las pilastras reciben savia misteriosa, como árboles en selva, que las lámparas brillan á modo de astros, que los santos rezan, que los ángeles cantan, que las losas del pavimento se agitan dejando paso á la resurrección de los muertos, cuyos espíritus hacia el santuario se convierten arrobados y extáticos en acción de gracias al Dios que los ha redimido y despertado.

Los alemanes nunca brillaran en las otras artes cual han brillado en la música. Y así no hay repertorio de melodías y armonías religiosas comparable al repertorio alemán, aunque los latinos aduzcamos en pro nuestro el aria inmortal de Stradella, el Miserere maravilloso de Eslava, la incomparable misa del papa Marcelo, compuesta por Palestrina, que se toca en San Juan de Letrán al celebrar las mayores festividades de tan excelsa Basílica. Si los sepulcros y las estatuas funerarias hubieran de cantar, cantarían los últimos acordes del *Don Juan* de Mozart, parecidos al rumor de los minerales reanimados por un éter y un calor celestial; si los peregrinos cristianos, durante sus caminatas por el desierto requiriendo la tumba del Apóstol en Compostela ó la tumba del Salvador en Jerusalén, hubieran de rezar con salmodia unísona, formando austero concierto místico, rezarían cual rezan los coros que vuelven de Roma en el *Tannhauser* de Wagner; si las almas descendieran del otro mundo, á manera de aves sin forma y sin color, para esparcirse por los aires terrenos como una esencia y contarnos al oído invisibles secretos de la eternidad, nos los contarían en una sonata de Beethoven; que todos estos grandes músicos han penetrado, por su culto á los ideales religiosos y por sus armonías, cuyos acentos acercan unas á otras las almas como para llevarlas todas al cielo, en la misteriosa región de lo infinito y de lo sobrenatural. Música de Wagner tocó el órgano. Así puedo aseguráros, ¡oh mis lectores!, que pocas veces he sentido la vida celestial tan cerca de mí, los muertos queridos ante mis ojos, el camino que conduce desde nuestros míseros planetas y nuestros mustios soles á la gloria, como cuando el celebrante levantaba la Hostia en lo alto del altar mayor y el órgano decía, murmurando, como si retuviera su potente voz y hablara con el abismo, los deliquios sin nombre del alma religiosa y los acentos de unas oraciones que no cabrían en formas y en palabras.

## III

El arrobamiento que nos produjeran estas manifestaciones de la Religión y del Arte, sólo se pasaron después de habernos llamado los hechos diarios con sus sacudidas á la viviente realidad. Con efecto, al salir de la catedral nos dijeron como había estado á punto de ahogarse la tarde anterior el rey de Servia en Bidart y como ardía en revolución Bayona por haber prohibido el gobierno central las corridas de toros anunciadas por obra de un acuerdo del Consejo municipal, como llaman los franceses al Ayuntamiento elegido del pueblo. Ambas noticias me conmovieron mucho y en lo más hondo de mi pecho. Me conmovió la referente al rey, porque cada principillo esclavos del Danubio y del Balkán lleva en su mano invisibles bombas de dinamita, cuyo estallido puede hacer saltar en pedazos la Europa entera. Hubiese tenido gracia que, tras haber costado á Europa mil sudores un matrimonio tan mal avenido como el ce-

lebrado entre la joven rusófila Natalia y el joven austrófilo Milano; que tras haber el vástago de este matrimonio, el niño Alejandro, héchonos pasar las de Caín á todos con su minoridad procelosa y sus cartas otorgadas y sus golpes de Estado súbitos y sus regentes presos, ahora hubieran de inmolarse millones de personas á su triste sucesión abierta por un baño de mar temerario tomado al pie de dunas tan agrias y escollos tan terribles como las dunas y los escollos de Bidart. Mas el rey no se ahogó; se ahogó un pobre bañero, herido en aquellas aguas por los mortales golpes de fulminante apoplejía. Mas la conmoción ha continuado, sobre todo en esta comarca. Y ha continuado porque hace tiempo tenía prohibido el municipio de Biarritz á los simples ciudadanos bañarse allí donde, por lo agrio de la playa y lo movido del mar, acecha la muerte á los bañistas: prohibición previsora derogada para el agrado de un rey, produciendo esta derogación de privilegio, no la muerte del privilegiado favorecido, la muerte de un pobre marinero con mujer y con hijos. Ahora sí que debe uno, como hacía Sancho Panza, llamar á Dios de testigo para que muestre cómo se practica el principio de igualdad por los ayuntamientos de la Vasconia francesa. Pues la vulneración de tal principio ha producido tumultos, y tumultos graves, en Bayona. Podrá condenarse con acerbidad un fenómeno social como el reciente favor súbito alcanzado por las corridas de toros en el Mediodía de Francia; pero no puede, no, desconocerse. Las ciudades meridionales, en su mayor parte, quieren toros de muerte y los piden á voces y aun á golpes. El día 1.º de septiembre debía celebrarse una fiesta de tal género en las arenas de Nimes, ciudad de romanos recuerdos, y otra en las arenas de Bayona, ciudad de compleción vasca. Todo estaba dispuesto en la última para tal espectáculo, cuando unas horas antes de su celebración se recibe una orden del gobierno central prohibiéndolo y expulsando de Francia á los toreros, aperebidos y dispuestos para la lidia. *Inde ira*. Bayona cree que á Nimes se ha permitido lo que á ella se ha rehusado. Y se da sin freno á desagradables manifestaciones, y execra los procedimientos del gobierno, y silba á la fuerza pública, y pide que su Consejo municipal dimita en el acto, y oye con gusto las proclamas revolucionarias puestas por sus autoridades electivas en las principales paredes, y lleva sus desacatos á un extremo tal, que la caballería carga con violencia, y estas cargas rompen muchos vidrios en las salas de los cafés y levantan algún que otro chichón en la cabeza de los transeuntes. ¡Libreme Dios de fomentar las corridas de toros por ningún camino! Quien jamás las presencia en el original español, menos podría presenciarlas en la traducción francesa. Pero no puede negarse que las pretensiones del Mediodía toman un carácter violento, y que este carácter violento ha nacido de la indecisión y de la perplejidad del gobierno. Tenía dos caminos que seguir: dejar al arbitrio de los ayuntamientos el prohibir las corridas, ó prohibirlas en absoluto. Pero no puede justificarse tras tolerancia tan larga esa prohibición absoluta. El disgusto es general y hondo, en tal grado, que pudiera durar y aun trascender hasta las elecciones. En Inglaterra se han juntado los taberneros y los eclesiásticos para derrotar al gobierno Rosebery; en Francia podían juntarse los aficionados á toros y los frailes malheridos por las últimas disposiciones económicas respecto de comunidades, para derrotar á Ribot. Nunca se ha extinguido entre los franceses la rivalidad del Norte con el Mediodía. Vencedor aquél en la guerra de los albigenses, ha conseguido, al transcurso de seis siglos, por esfuerzos continuos, desde Luis IX á Luis XIV, y desde Luis XIV á Robespierre y Bonaparte, que no surjan como en España las regiones. Ni la Borgoña, ni el Franco-Condado, ni el Bearn, ni el Rosellón, ni Flandes ostentan el carácter aparte y regional de nuestra Cataluña, de nuestra Galicia, de nuestra Navarra, de nuestra Vasconia. Pero, en cambio, existe una rivalidad entre las regiones del Norte y las regiones del Mediodía que no existe aquí en España. En esto de las corridas de toros, como en las peregrinaciones felices, como en las cortes de amor, como en los juegos florales, aparece algo de protesta secular contra el exterminio de los albigenses y contra la sombra del antiguo Simón de Montfort que un gobierno prudente debe calmar, transigiendo con las costumbres opuestas de ambas Francias, ya que no puede concluir con sus contrarios temperamentos. *¿Quid leges sine moribus?* Todo lo que sucede ahora encierra una enseñanza, la cual no deben desaprovechar los gobiernos previsores y prudentes. En suelos tan volcanizados como los occidentales, bajo el rescoldo más apagado se guarda un grande incendio.

Biarritz, 8 de septiembre de 1895.



## SEMBLANZA

Tratándose de otros actores, conviene, hasta para su prestigio, separar al hombre del artista; pero en Rafael Calvo uno y otro se completaban. La fisonomía podrá ser *el espejo del alma*, pero en muchas ocasiones no lo es seguramente de la inteligencia, y suelen verse personas que la tienen clarísima, cuyo aspecto *no dice nada*. No era de éstos Rafael Calvo: su semblante atraía con su movilidad nerviosa, sus ojos chispeando ingenio, y sobre todo con aquella vasta frente en la que (y permítaseme lo novelesco de la frase) veíase golpear el pensamiento.

La declamación en Calvo no era oficio ni instinto, era una revelación, una necesidad de expresar los movimientos de su inteligencia. Por medio del estudio y de la reflexión refrenaba sus apasionamientos artísticos y con concienzuda tenacidad procuraba llegar al *summum* de la representación escénica.

He aquí un ejemplo:

En los comienzos de su carrera puso gran interés en estudiar el protagonista de *Guzmán el Bueno* y en dar á la célebre frase «¡Compañeros, venganza!» dos expresiones á la vez: la del dolor por la pérdida reciente del hijo, y de ira contra sus verdugos. Naturalmente esto no era fácil, y Rafael y los hermanos que con él vivían, salían á más de cien voces por minuto, á cual más destempladas, ensayando distintas inflexiones de voz para expresar la frase, con nerviosa exasperación del concienzudo actor, que no podía transigir con los inconvenientes. Una tarde oyó su hermano Luis desde su cuarto un grito terrible, que provenía de la habitación de Rafael: acudió presuroso y asustado, y halló á su hermano oprimiéndose la garganta con ambas manos en actitud de querer estrangularse, pero muy sonriente y contento: «¡Ya está aquí el rebelde grito, ya le tengo!», exclamó Rafael. La garganta oprimida produce la voz aguda del dolor y juntamente la violenta entonación de la furia. Con efecto, el inteligente y tenaz actor, á fuerza de perseverancia, logró contraer nerviosamente la garganta, sin auxilio de las manos, y por este medio emitir en la escena la susodicha frase mejor que ningún otro.

A consecuencia de su anhelo de perfección artística, Calvo, como director de escena, resultaba á veces hasta cruel, y hubo ocasiones en que estuvo á punto de encontrarse sin comparsas. El primer año en que fué primer actor puso en escena en el teatro de Almería la tragedia *Virginia*, en cuyo último acto se libra un combate entre el pueblo de Roma y las huestes de Claudio el decenviro. Rafael encargó á los comparsas que hacían de soldados que resistieran *de veras* al pueblo que quería despojarlos de sus armas, y á consecuencia la batalla resultó tan natural que hubo en ella algunos heridos, si bien leves; y como pocos ó ninguno querían exponerse á tales contingencias, en el transcurso de las representaciones fué disminuyendo el ardor bélico de uno y otro bando y los comparsas iban desertando de filas.

Sin embargo de los ejemplos que he citado, hubo no pocos que motejaron de *falso* á semejante actor que con tal empeño buscaba la perfección teatral. Según ciertos *realistas*, Calvo exageraba los movimientos en la representación, como si las grandes pasiones en los viriles personajes que aquél solía interpretar pudieran expresarse de otro modo; y *cantaba los versos*, como si éstos, en el mero hecho de serlo, debieran ser dichos como la prosa. En el teatro, y sobre todo en cierta clase de obras, todo es conven-

cional, como lo son las bambalinas y los apartes, y es preciso transigir y aun ayudar á este convencionalismo. En la boca de perlas de Rafael el verso se transformaba en acero para penetrar en el corazón. Las pasiones violentas tienen siempre que *moverse y gritarse* para que su expresión resulte verdadera.

Esto me recuerda otra anécdota referente á Calvo. Una noche, mientras él se vestía para salir á escena, discutíamos en el saloncillo del teatro Español, autores y críticos, respecto á las excelencias de la declamación *realista*, y en esta polémica, como en todas las españolas, no había términos medios, sino opiniones extremas. Censuraban los defensores del realismo la supuesta costumbre de nuestros cómicos de exaltarse de más, y por consecuencia gritar mucho. La puerta del camarín donde Rafael se vestía estaba cerrada; pero á través de ella prestaba atento oído á aquella discusión. Unos defendiendo el realismo y atacándole otros, llegó la contienda á tal punto que, argumentando todos á la vez y gritando todos á un tiempo, apenas se entendía lo que hablaban. Entreabrió entonces la puerta de su cuarto Calvo, y asomando sólo la cabeza, porque estaba á medio vestir, dijo dominando el tumulto:

«Señores defensores del arte realista, me parece que se exaltan y gritan más por esta cuestión baladí que lo que gritamos nosotros en el teatro, deseando interpretar con verdad situaciones y pasiones más graves.»

Desde el primer año en que Rafael fué primer actor en Madrid en la compañía que para el teatro Español formó D. Miguel Vicente Roca, impúsose aquél al público, para el que era casi desconocido. El público no discutía escuelas, pero experimentaba la fascinación que le producía el brillante actor. Calvo dió más vida al *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, que sólo la llevaba rutinaria, é hizo de repertorio obras hermosas, pero casi olvidadas. Algunos años después, contratado Rafael por Felipe Ducazcal, pregunté yo á éste:

— ¿Qué tal le va á usted con Calvo?

— ¿Cómo me ha de ir, me contestó, si es el más decente de los comediantes y el más productivo en la taquilla?

Porque, como he dicho antes, Calvo actor y Calvo hombre se completaban. Estaba por encima de las debilidades de la clase: tenía orgullo artístico, pero no vanidad, de la que provienen las exigencias y las infirmitades de los actores, porque *sabía que donde él estuviera, allí estaría la cabecera*.

En su juventud pudo tener devaneos y hasta está unida á ella una dolorosa historia. Como sucede á todos los altamente dotados, sus extravíos dimanaban siempre de la *eterna Eva*; mas á pesar de todo, desde muy temprano adquirió formalidad y rectitud de juicio. Sus primeros pasos en la carrera artística fueron seguros, pero tristes. Había heredado el talento escénico de su padre D. José Calvo, elevado al cubo, y además, acaso, una afección al estómago que hizo sufrir mucho al anciano actor. Yo recuerdo haberle visto por las mañanas en el Retiro, acompañado de una hija ó sobrina, vagando precipitadamente, con la fisonomía contraída y la vista extraviada. Afortunadamente la enfermedad de su hijo Rafael no fué tan grave y á fuerza de tiempo consiguió dominarla; pero aun así, tuvo que alimentarse sólo de leche, hasta poder hacerlo con alimentos más nutritivos. No obstante, enfermo ó sano, Rafael era siempre el mismo, enérgico y valiente en la escena y llegando á la treinta ó cuarenta representación de una obra dramática con los mismos bríos que en el estreno. Calvo, ro-

mántico por naturaleza, no rechazaba, pero transigía con dificultad con los *dramas de levita*, y aunque en todos estaba bien, gustaba más adornarse de plumas ó ceñir el mandoble. Los sermones teatrales de Alejandro Dumas (hijo) y las filosofías del último acto de *La muerte en los labios*, de Echegaray, hicieron presentir á Rafael el teatro moderno. Recuerdo que me dijo á este propósito: «Por este camino llegaremos á obras históricas llenas de nebulosas disquisiciones.» Enamorado del arte, el lucro estaba para él en segundo término. En una ocasión dijo á su hermano Ricardo:

— Voy á estudiar el *Don Alvaro*.

— No me resulta la idea: es una obra de espantoso trabajo para hacerla bien y que no dará dinero.

— Puede que sí, replicó Rafael, que presentía lo que haría él en la creación del duque de Rivas.

Y con efecto, el insigne actor hizo de repertorio y lucrativo este drama casi arrinconado. Y esto me recuerda los *sueños* de Calvo respecto al teatro Español. Había vuelto de un viaje por Francia y Alemania, actuaba en el teatro de la Princesa, de Madrid, mientras restauraban el vetusto coliseo de la calle del Príncipe, y una noche, mientras que sin desnudarse del traje teatral descansaba del terrible final del *Don Alvaro*, hablamos de teatros. He aquí las aspiraciones de Rafael: «Un edificio suntuoso, con localidades amplias y cómodas para todas las clases, y naturalmente con un escenario dotado de toda la moderna maquinaria. Dos cuadros de compañía, uno dramático y cómico el otro, para que trabajasen alternadamente, formados con los actores de valía y no soberbios que se *resignasen* á tener asegurado un buen sueldo y una decorosa jubilación, y sometidos todos á la dirección de una capacidad, no del gremio. Como el teatro del porvenir debe ser la síntesis del adelanto intelectual y artístico de la nación, las obras deberían presentarse con esplendidez, procurando que en ellas se exhibiesen todas las artes, incluso las de la música y el canto. Excusado es hablar de premios anuales á las mejores producciones escénicas y á los artistas de todas clases que más se distinguieran...»

— Pero, ¡alma de Dios!, le atajé yo, ¿quién puede realizar en España esas maravillas de las *Mil y una noches*?

— Cualquier Gobierno que mire por el Arte y se lo proponga, me replicó; lo más difícil es la construcción del teatro: el resto marcharía por sí solo. En Francia hay un teatro nacional subvencionado por el Estado, en Berlín la subvención no tiene tasa, y sin embargo, ni en uno ni otro país resulta muy costosa. En el nuestro sucedería lo mismo, pues un teatro así sería aristocrático y popular á la vez; y sobre todo, si se atiende al empedrado de las calles, debe también atenderse al solaz y cultura del espíritu.

Calvo había hecho profundo estudio con referencia al teatro y acariciaba la idea de escribir una obra á este propósito, y especialmente al análisis de los teatros de Calderón, Shakspeare y Echegaray, que para él eran, si no exclusivos, los más importantes; pero la muerte le sorprendió á tiempo, y perdónese-me la frase, porque el inolvidable actor hubiera sido en la moderna escena como un león encadenado.

Tal fué Rafael Calvo: eminente como actor, atractivo en su trato, y leal, consecuente y caballeresco en todas las circunstancias de su vida. Legó á sus hijos una fortuna, á sus amigos un recuerdo imperecedero, y se llevó con él el entusiasmo, el movimiento y la pasión, que constituyen el *quid divinum* del teatro.

F. MORENO GODINO

## LOS APUROS DE DOROTEO

## I

— Pues qué, ¿no soy tan hombre como ustedes?, decía Doroteo descargando un puñetazo sobre la mesa del café.

— Lo será usted; no lo dudamos, replicaba el vizconde del Sebo; pero las fatigas de la caza no se han hecho para usted... Hay que nacer *cinagético* como hemos nacido nosotros.

El caso fué que Doroteo quiso tomar parte en la cacería organizada por algunos socios del *Cursi-club*. Él no había cazado nunca, porque los primeros años de su existencia los había pasado detrás del mostrador vendiendo loza; pero de pronto falleció su principal dejándole heredero de toda su fortuna, y él cerró la tienda y dejó los cacharros para dedicarse á los placeres y á la elegancia.

Lo primero que hizo fué comprarse una boquilla de espuma de mar y ámbar y un traje color de tórtola con pintas negras, que partía los corazones. Después cogió por las muñecas á su tía — su segunda madre, como quien dice — y habló así:

— Es necesario que cambiemos de costumbres y de ropa y de todo. Desde mañana va usted á usar sombrero y capota y pamela, como hacen otras personas de menos posibles que nosotros.

Y la tía infeliz, por no contrariar al sobrino de su corazón, se compró un sombrero que parecía una jofaina.

— ¡Ay, Doroteo!, le decía á lo mejor, yo no me acostumbro á llevar en la cabeza este armatoste.

— Tenga usted paciencia, contestaba él. Nuestra posición actual nos obliga á ser elegantes. ¿Qué dirían mis compañeros de *club* si la vieran á usted con pañuelo á la cabeza?

Él se había metido en el *Cursi-club* porque todos los socios eran personas de importancia y el que más y el que menos usaba en el dedo meñique un brillante tamaño como un ojo de besugo. Doroteo deseaba figurar en primera fila, ya por sus prendas de vestir, ya por sus rasgos de desprendimiento, y todo se le volvía estrenar pantalones de dos duros y medio y pagar copas de anís á sus consocios.

— Lo único que me falta es asistir á una cacería y lucirme con la escopeta, se dijo á solas.

Y de acuerdo con su tía, que era una señora muy mañosa, se arregló un traje de caza que era lo que había que ver.

De un gabán azul jaspeado le hizo su tía una especie de zamarra, guarnecida de piel de conejo casero. A unos pantalones viejos les quitó la parte correspondiente á las pantorrillas, sustituyéndola con unas polainas de hule. Para cubrir la cabeza compró un sombrero de paja, forrándolo de percalina color de plomo, y con esto y una escopeta que le vendió un cazador que se había quedado viudo y renunciaba para siempre á los placeres venatorios, encontró nuestro héroe perfectamente equipado para salir con sus compañeros de *club* en persecución de todas las piezas de este mundo.

La tía, poco acostumbrada á ver armas de fuego, colocó la escopeta detrás de un armario, y aun así y todo estaba temiendo que se disparase sola.

— Ten mucho cuidado, Eduvigis, decía á la criada; no enciendas fósforos en el comedor, que está allí la escopeta del señorito y se puede disparar.

Cuando llegó el día de la excursión al monte, la

pobre señora vistió á su sobrino con todo esmero, y quieras que no le puso debajo de la zamarra un chaleco de abrigo y una tira de bayeta alrededor de la cintura.

— Lo principal es que no te constipes, y que si te acomete alguna res, tenga ésta donde agarrarse. He oído decir que algunos cazadores van forrados de hojalata por lo que pueda suceder.

Doroteo cogió la escopeta y se la echó al hombro como quien carga con un baúl.

— ¡Cuidado con el cañón!, dijo la tía. Ponlo hacia abajo. No vaya á ocurrir alguna desgracia.

Doroteo no comprendía la gravedad de aquella respuesta y ocupó su asiento en el tren, lleno de regocijo.

— ¡Qué suerte!, iba diciendo para sí. ¡Poder cazar con unas personas tan importantes! ¡Verme en el monte, codeándome con marqueses!..

## III

Al llegar á Torreldones, los expedicionarios tomaron el camino del cazadero, precedidos de los perros que saltaban alegremente, lanzando gritos de júbilo.

— Valiente día se nos prepara, dijo uno de los cazadores.

— ¡Soberbio!, añadió otro.

— Yo, en cuanto huelo el aroma del tomillo, ya no sé lo que me pasa, agregó un tercero.

— No hay placer como el del monte.

— Aquí se respira. En casa parece que me ahogo, dijo el que había hablado primeramente, y tiene mi mujer que darme fricciones en la espina dorsal con una esponja mojada; pero llego al monte, no hago más que ver la hierba y me refresco inmediatamente.

A Doroteo le apretaba una bota y además sentía un calor horroroso á causa del exceso de abrigo; pero ocultó sus impresiones y se puso en marcha fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

No había andado aún doscientos metros, cuando notó que el hule de las polainas le abrasaba las pantorrillas; después comenzó á cojear, porque se le había hinchado un juanete, y por último la escopeta le iba machacando el hombro derecho.

— ¡Dios mío!, exclamaba mentalmente. ¿Faltará mucho para llegar al monte?

Y como quien no quiere la cosa y aprovechando un recodo del camino, se fué quedando atrás hasta perder de vista á sus compañeros.

## IV

Cuando se vió solo, lo primero que hizo fué sentarse sobre una roca; después se quitó las polainas, la zamarra y la bayeta que le oprimía los vacíos y acabó por tenderse en el suelo, boca arriba, hasta quedarse dormido como un ceporro.

Media hora después, Doroteo soñaba lo siguiente:

«Se creía en un monte, sin más abrigo que una elástica y un sombrero de copa y con los pies metidos en un barreño. De pronto llegaba un jabalí enorme, cubierta la cabeza con un tricordio de la guardia civil, y se acercaba á Doroteo para darle un mordisco en el cogote. Él lanzaba un grito y el jabalí entonces sacaba un cucharón y le amenazaba con sepultárselo en los sesos. Nuestro héroe quería huir y no podía, porque la elástica se había convertido en una especie de corsé férreo que le privaba de toda acción; el sombrero de copa le pesaba como si fuera de plomo y Doroteo veía al jabalí apoderarse de la escopeta y apuntarle á boca de jarro...»

Entonces despertó; púsose á toda prisa la zamarra, guardó las polainas en el morral, y con el pantalón á media pierna, los pelos en desorden y la escopeta bajo el brazo regresó á Torreldones, convencido de que para ser cazador lo primero que se necesita es haber nacido *cinagético*.

LUIS TABOADA



Recuerdos del baile, dibujo original de Francisco Maura

— Pierda usted cuidado. Desde que soy socio del *club*, sé cómo se maneja un arma de fuego.

## II

Doroteo, vestido de mamarracho, llegó á la Cuesta de San Vicente, donde le esperaban sus compañeros de *sport*.

— Bien por Doroteo, dijo uno.

— ¡Vaya un trajecito!, añadió otro.

— ¡Morrocotudo!

— Gracias, señores, contestó el aludido pavoneándose.

— ¡Ea! En marcha.

— ¿Adónde vamos ahora?, preguntó Doroteo.

— Ahora al tren, que ha de conducirnos á Torreldones, y desde allí, *andandito*, al monte de la Esparraguilla.

— ¿Y está muy lejos?

— Cerca; á cuatro kilómetros de la estación.



EN LA TERRAZA DEL CASINO DE SAN SEBASTIÁN, dibujo de N. Méndez Branga

## LOS SUCESOS DE ARMENIA

La prensa diaria de todas las naciones ocupó á su tiempo de los disturbios ocurridos en Armenia. Los delegados extranjeros residentes en Musch fueron maltratados por la policía turca: los gendarmes penetraron violentamente en la residencia de aquellos y trataron de poner preso á un criado de los mismos, habiendo costado grandes trabajos rechazar la brutal agresión de aquellos funcionarios que, amparados por la inmunidad de que les permite gozar el gobierno turco, se proponían cometer toda clase de excesos.

Estos lamentables acontecimientos estaban desde hace tiempo previstos por los que conocían el proceder de los turcos en aquella provincia, que insultaban y maltrataban á mansalva á los servidores de los delegados extranjeros y aun á los indígenas que con ellos estaban en relaciones. Tanto es así que un corresponsal de un periódico inglés escribía con anterioridad á estos sucesos la siguiente correspondencia:

«Desde la matanza de Sasún, la condición de los armenios en la Turquía Oriental ha empeorado cada vez más. El turco no se muestra dispuesto á escuchar advertencias, y aumenta sus persecuciones, sobre todo en las provincias de Van y Bitlis, y á ello se debe que hoy la mayor parte de los armenios que hay en estos puntos se hallen á las puertas de la miseria, tanto que muchos han muerto ya de hambre. Los fondos ingleses no bastan para satisfacer las necesidades de los refugiados de Sasún; mientras que otros miles de personas se hallan en el estado más aflictivo. Acosados hasta la desesperación por el acto del gobernador Bahri Bajá, los armenios de Van están preparados para insurreccionarse á riesgo de todo, á fin de llamar la atención de la Gran Bretaña más forzosamente sobre el estado en que se hallan. Declaran que es mejor perecer batiéndose que morir por el hambre y la persecución, sobre todo si, sacrificando sus vidas, pueden proporcionar algún alivio á sus compatriotas. Esto es como cortar la pierna á un paciente con la probabilidad de salvar su existencia. Tres medios les quedan hoy día á los armenios de Van: pueden insurreccionarse, huir hacia Persia y Rusia, ó morir donde están. Si huyen, probablemente serán víctimas de los kurdos, ó perecerán de hambre en el camino; esto último les sucederá si permanecen donde se hallan; los que caigan quedarán insepultos en las casas y en las calles, y sobrevendrá una peste que pondrá término á la cuestión armenia. De todas maneras, el hambre es segura para los armenios en las provincias de Van y Bitlis, á menos de que llegue un pronto auxilio y en abundancia. Menos de la mitad de la cosecha se ha recogido este año, y una gran parte ha sido destruída, pues los kurdos llevan sus búfalos y demás ganado á pastar sobre el trigo naciente. Miles de pobres campesinos se alimentan de raíces, hierbas y una especie de pan hecho con estas últimas, simiente de trébol y de lino. De una población de ciento cuarenta y cinco mil armenios, lo menos cien mil no tienen hoy que comer, y pasan de dos mil los mendigos que en Van piden una limosna de casa en casa á personas

que están poco mejor que ellos. Los campesinos abandonan sus hogares y huyen á las ciudades. En el distrito de Shadokh, provincia de Van, el vicecónsul inglés encontró tan sólo últimamente una tercera



Tipo de soldado kurdo

parte de la población; el resto había huído para no morir de hambre.»

Bajo las actuales circunstancias no será extraño que se reciban peores noticias aún de la Turquía Oriental dentro de pocas semanas. Podemos añadir á lo dicho por el corresponsal que, según el profesor Vambery, «el sultán está convencido de la necesidad de hacer reformas, no tan sólo en Armenia, sino en las demás provincias del Asia, en Europa, en las islas, en todas partes.»

A consecuencia del atropello que al principio consignamos y de las muchísimas crueldades que los fanáticos mahometanos cometen en Armenia contra los cristianos, los gobiernos de Rusia, Inglaterra y Francia han hecho enérgicas reclamaciones á la Sublime Puerta, á las cuales contestó ésta con una nota en la que, sin hacer especial mención de Armenia, se reconoce en principio la necesidad de introducir reformas y de nombrar un comisario supremo en cuya designación las potencias no tendrían intervención alguna.

Como la referida nota adolecía de alguna vaguedad, los embajadores exigieron varias aclaraciones concretas, especialmente respecto de ciertos puntos que la misma Sublime Puerta deseaba que fuesen minuciosamente discutidos.

En vista de esto, el gobierno turco redactó otra nota definitiva referente á las reformas que han de introducirse en Armenia, concebida en términos conciliatorios, en la cual proponía el nombramiento de asesores cristianos cerca del gobernador general y de los gobernadores de provincias, y que los vicegobernadores y jefes de cantón fuesen elegidos indistinta y proporcionalmente entre mahometanos y cristianos. La gendarmería y la policía habrían de ser reclutadas entre los naturales de las provincias en que hayan de prestar sus servicios, y se compondrían de cristianos y musulmanes en proporción al número de adeptos á cada una de estas religiones que en aquellas existieran. Se mejorarían las cárceles, que serían objeto de inspecciones periódicas, y se adoptarían las medidas necesarias para evitar las injusticias y crueldades que ahora son allí moneda corriente.

La Puerta se comprometía, además, formalmente á hacer de su parte cuanto pudiera para obligar á los kurdos á que vivan con residencia fija en determinadas comarcas, para lo cual les cedería los territorios

y pastos que fuesen precisos para su subsistencia.

La nota del gobierno turco contenía además algunas manifestaciones acerca de las observaciones hechas por las potencias respecto de la organización municipal, de la recaudación de contribuciones y de otras materias, y terminaba diciendo que en cuanto á ciertas pretensiones, la dificultad de las comunicaciones por un lado y el hecho de ser contrarias á los usos y costumbres de los habitantes por otro hacían que fueran de imposible realización.

Los embajadores de Inglaterra, Rusia y Francia en Constantinopla, no satisfechos con estas explicaciones, redactaron una nota colectiva, en la que exponían cómo aquellas potencias entendían las concesiones hasta entonces poco concretas de la Puerta y cómo creían que debían tales concesiones realizarse. Enumerábanse, además, en ella las reformas cuya aceptación por parte de la Puerta era estimada por aquellas naciones como punto de capital importancia.

El objeto de esta nota era obtener del gobierno turco una respuesta clara y concreta y despejar de una vez la situación ambigua en que Turquía se ha colocado. Que esta actitud enérgica era necesaria demostróse muy pronto, pues según noticias que al poco tiempo de haberse entregado la nota se recibieron de Varesa, continuaba la persecución de los cristianos en Armenia. A pesar de la situación desesperada del distrito de Sasún, se cobran allí las contribuciones con inusitado rigor: los recaudadores, acompañados de los gendarmes que se mofan de los cristianos, cometen toda suerte de extorsiones contra los pobres labradores, que materialmente no pueden pagar los impuestos; los kurdos siguen atropellándolo todo, robando los rebaños de los pastores armenios é incendiando sus propiedades cuando encuentran la menor resistencia á sus desmanes, con lo cual se originan á veces sangrientas luchas.

A la última nota ha contestado la Sublime Puerta rechazando rotundamente la principal de las exigencias en ella contenidas, la de la inspección europea, por estimarla incompatible con la independencia de Turquía y la dignidad del sultán.

En atención á que la última respuesta del gobierno otomano cierra el camino para ulteriores negociaciones, las citadas potencias han acordado que en nombre de todas las naciones signatarias del tratado de Berlín y conforme con el espíritu del párrafo 61 de éste se notifiquen á la Sublime Puerta las reformas que de ella se exigen para Armenia y muy especialmente la relativa á la comisión de inspección europea.

Mientras se siguen las negociaciones necesarias para ello, las noticias que de Armenia se reciben revelan una situación cada vez más grave, pues lejos de haber cesado los atropellos ha habido que lamentar recientemente nuevos incendios de iglesias y conventos, nuevas devastaciones de propiedades y otros muchos excesos cometidos por los kurdos.

Pero esta vez parece que las potencias europeas, en especial Inglaterra, han tomado el asunto á pechos, siendo por lo mismo de esperar que pronto se verá Turquía obligada á ceder en su actitud injustificable. — X.



EL PATRIARCA ARMENIO KHRIMIAN



BHARI-BAJÁ, gobernador de Van (Armenia)

EL POBRE CIEGO

También él había sido feliz alguna vez. Si entonces, harapos, pobre, miserable y despreciado, tendía su mano descarnada al transeunte y lloraba su despreciable pequeñez, allá en las últimas celdillas del cerebro aún vibraba el recuerdo de sus pasadas dichas, que como por milagro, quizás para atormentarle más, habíase escapado á todas las perturbaciones que el hambre y la desgracia habían realizado en aquella cabeza, antes razonadora y despejada, ahora desmemoriada y confundida.

El había sido rico y alegre; había amado y perdonado. La riqueza agotóse en negocios y vicios, la juventud cedió su puesto á achaques prematuros, al amor siguió la indiferencia, á ésta el odio.

La única mujer de quien se enamoró, aquella niña que pudo pasar por hija suya, por quien vió perdida su fortuna al lanzarse á negocios arriesgados que la ambición de ella le ofrecía, la mujer por quien hizo locuras, á la que salvó de la miseria del alma, cien veces más terrible que la del cuerpo, le había olvidado para siempre. A la historia de aquellos amores, días felices y tranquilos, seguía luego una historia de desengaños y tristezas. La enfermedad que pone en peligro la vida y la bancarrota que acaba con una fortuna. Luego lágrimas, muchas lágrimas; después la afección á la vista; por último la ceguera.

Cuando aquel hombre salió del hospital repitiendo entre sí la frase «dado de alta» que allá en la sala escuchó, pronunciada con el mismo tono imperativo con que se hubiera podido pronunciar el «levántate y anda,» le pareció al ciego sarcasmo terrible de la suerte que le insultaba, al verle impotente para luchar con ella.

Bien empleado le estaba. Aquellos ojos con los que vió á la mujer causa de su ruina; aquel don maravilloso de observar el color y la forma, facultad que tantas veces hubiera dado por una sonrisa, seguro de que el cambio no se realizaba; aquellas retinas que en tantas ocasiones se clavaron en ella, piadosas cuando las animaba el amor, airadas al cruzar por sus cristales el relámpago de los celos, ya no volverían á ver más. Inmóviles las pupilas, perdiéndose allá en las obscuridades de aquellos dos huecos como los de una calavera, ya no se moverían á la luz, é impasibles á todo, ni aun tendrían el consuelo de ver correr las lágrimas que de ellas mismas brotaran.

¿De qué le serviría al ciego el cerebro sino para hacerle más cruel el suplicio? ¿De qué el pensamiento, si los nervios, máspreciados cuanto más perdidos, eran cables inútiles porque ya no pasaría nunca por ellos la corriente vivificadora de la vida?

El pobre anduvo como loco vagando por los pueblos cercanos de la corte muchos días. Tal vez se burlaron de su desgracia, ó acaso insultaron su impotencia. Al fin volvió á Madrid, pensando, sin duda, que los amigos á quienes dió dinero é hizo favores no se acordarían ya de él ni para insultarle.

Así fué como el mendigo instalóse en la calle de Atocha tendiendo su mano al transeunte.

Para los que no le conocían, el pobre ciego vivía ajeno por completo al mundo exterior; pero no era así, el mendigo no era tan indiferente como parecía.

Con esa percepción intuitiva de los que no ven, adivinaba lo que no veía, y de sus labios secos, páli-

dos y descarnados brotaban en murmullos inexplicables maldiciones y rezos.

Los negocios debían andar muy malos porque las limosnas no daban para vivir; el pobre hizo economías, y en vez de dormir en la posada de la carretera de Extremadura, pasó al raso las noches, y en lugar de comer la bazofia de la tasca, recurrió á los mendrugos y á las sobras que le dieron en algunas casas.

Ni él mismo hubiera podido explicar cómo lograba resistir tales pruebas, ni cómo el estómago de si- barita había degenerado en zurrón de pobre; pero en el ciego parecía muerta la sensibilidad, y el instinto

tos en el enlosado del piso y la sentía avanzar hasta él con el «Tome» en los labios, que antojábasele al pobre como un beso. Jamás la oyó más palabra que esa, y el mendigo hubiera dado cuanto hubiera tenido, si algo poseyese, por ver la cara á aquella mujer, pero los ojos permanecían fijos sin ver nada.

Un día el pobre notó la falta de su protectora, y el mendigo, sin echar de menos la moneda, se entristeció. Como aquel día hubo varios. El pobre llegó casi á olvidarla, pensando tranquilamente «puede que esté enferma ó que haya muerto.»

Una noche, el pobre, recostado en la pared de la calle de Atocha, pedía en vano una limosna á los

pocos transeuntes que por la calle pasaban. Era ya muy tarde, y si no hubiera sido porque el pobre aguardaba el regreso á sus domicilios de algunos jugadores de la inmediata casa de juego, que solían darle alguna limosna cuando ganaban, ya se habría retirado al quicio de una puerta. El reloj del hospital dió las doce; la pareja de seguridad que rítmicamente paseaba por delante del pobre calló sus pisadas, silbó el viento y una lluvia menuda azotó la rugosa cara del mendigo.

Iba á marcharse cuando sintió pasos. Eran un hombre y una mujer; ésta reía y aquél hablaba. Aquella risa heló de espanto al mendigo, y como si algo grave le ocurriera, un temblor nervioso le hizo retirar la mano que iba á tenderles y sus ojos impasibles rodeáronse de un círculo de sangre.

Escuchó atentamente. ¿Sería el chasquido de un beso lo que oyó ó el chocar del aire en las paredes?

— Nos han visto, decía una voz de hombre al pasar por delante del mendigo.

La mujer respondió muy bajo:

— No; es *mi* ciego.

El mendicante comprendió al momento toda su miseria: aquella mujer que se alejaba, la que le socorría á la puerta de Monserrat, era ella, la misma que le había hecho desgraciado para siempre.

Al siguiente día todos los periódicos de la corte publicaban á modo de circular, entre otros sucesos, el siguiente:

«Anoche falleció repentinamente en la casa de socorro del distrito del Hospital, adonde fué conducido por una pareja de seguridad, un pobre mendigo cuyo cadáver no pudo ser identificado.

»El juez de guardia ordenó la traslación del cadáver al depósito judicial.

»Créese que el infeliz murió de inanición.»

La noticia no era exacta en su última parte.

El mendigo murió de ira porque no pudo arrojar al rostro de una mujer las monedas que de ella había recibido como limosna.

Esta fué una verdad que ni la autopsia misma pudo poner en claro.

P. GÓMEZ CANDELA



Flores del campo, cuadro de Manuel Villegas Brieua

de conservación, egoísta, torpe y grosero, se sobreponía á todas las cosas, ahogaba todos los melindres y el mendigo luchaba por su vida lo mismo que si su existencia fuera una canonjía.

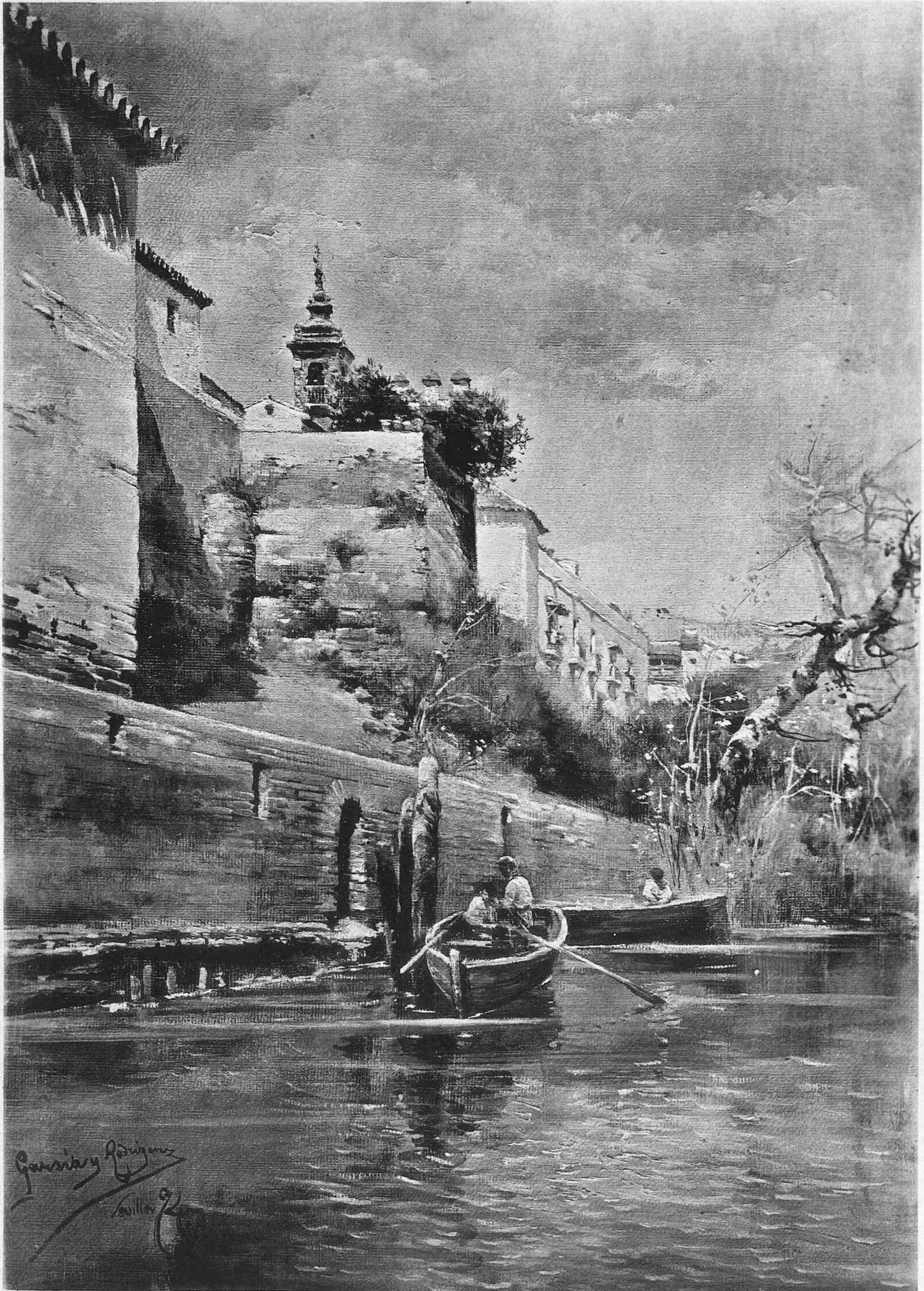
Empeoraron los negocios, bajó la colecta y el pobre trasladóse de la esquina de la calle de Atocha á la puerta de la iglesia de Monserrat.

Allí cambió algo su suerte y llegó á tener sus *parroquianos*. Entre todos ellos distinguía perfectamente, por el olor á almizcle que llevaba, á una mujer que con la misma palabra siempre, con un eterno monosílabo, un «Tome» conciso y seco, depositaba una moneda en aquella mano del mendigo huesosa y sucia.

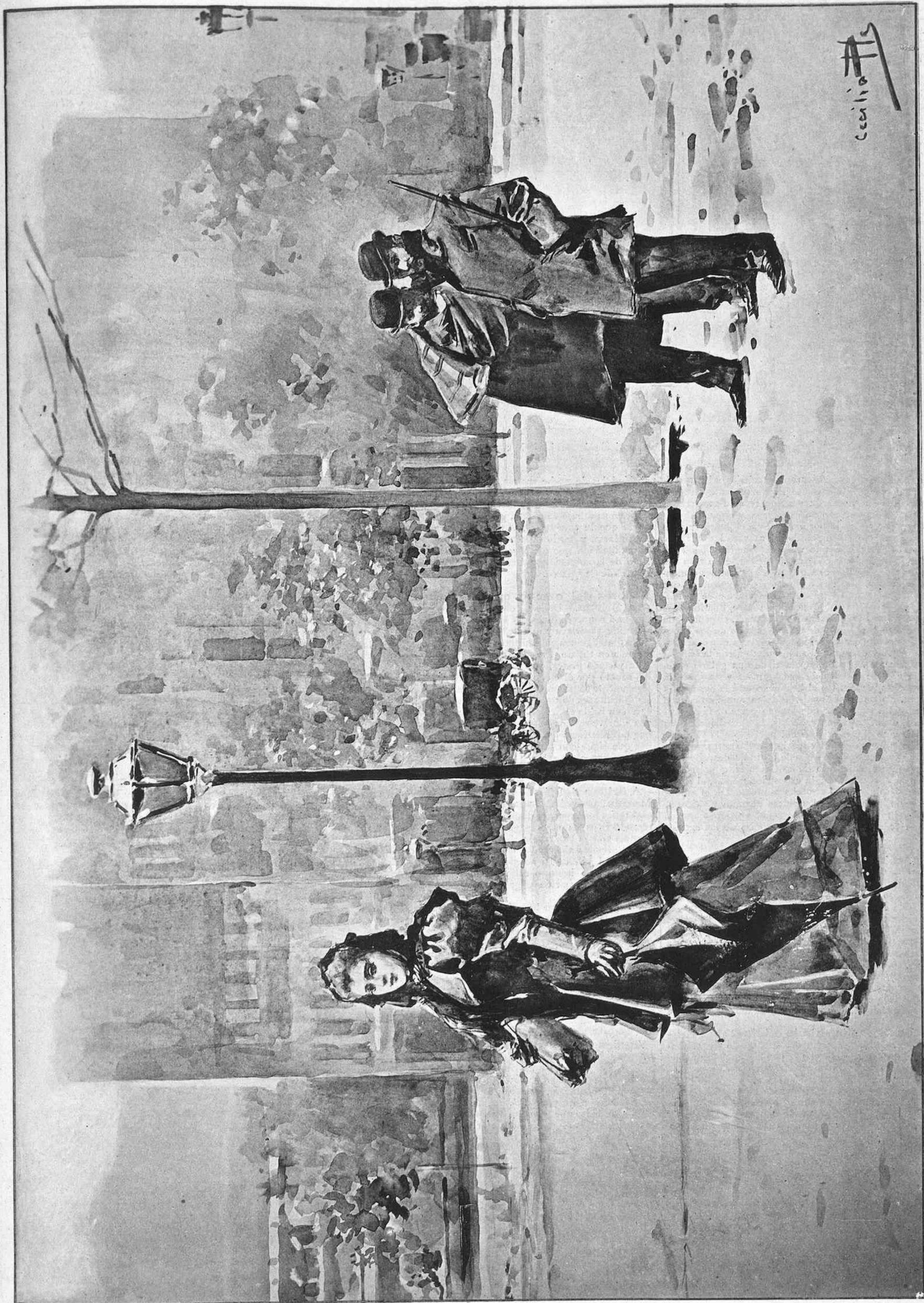
Todas las mañanas, la hermosa feligresa, porque debía de ser muy hermosa, llegaba á la entrada de la iglesia, el mendigo la conocía en el rozar de la seda de la falda en los dos escalones de la puerta, sentíala acercarse por el menudito repiqueteo de sus zapati-

NUESTROS GRABADOS

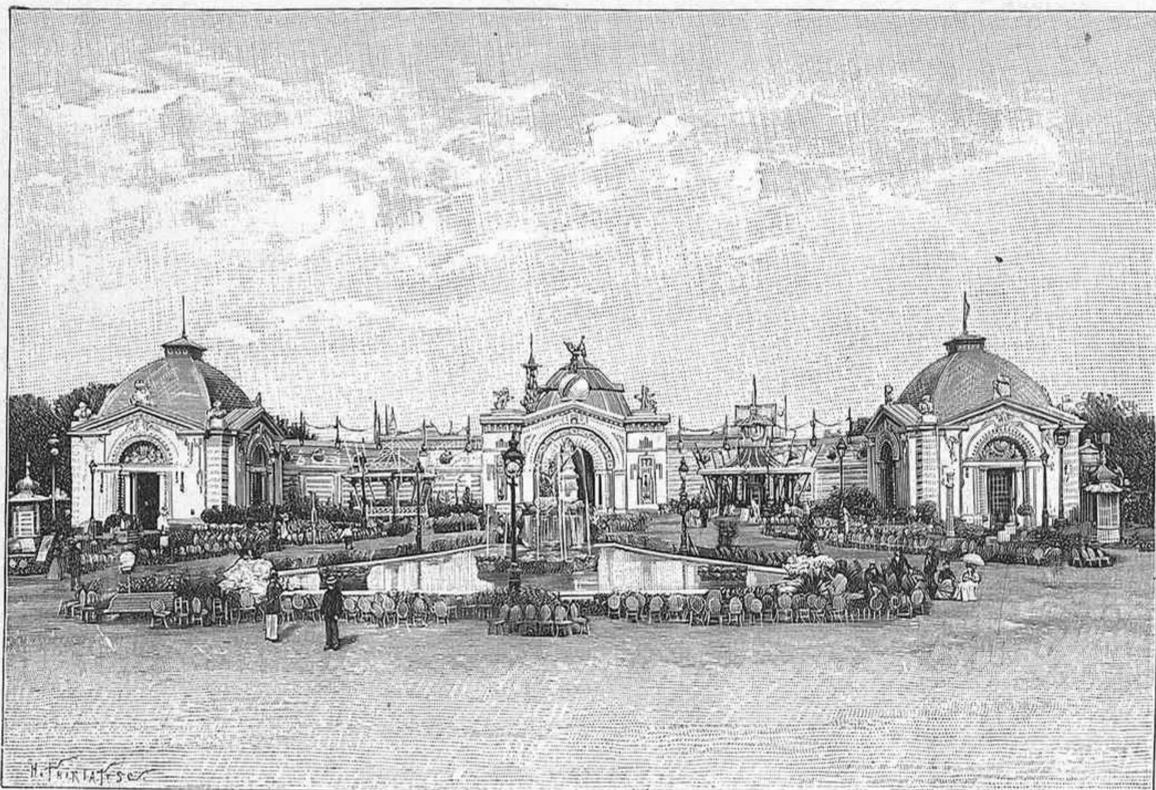
Fachada principal de la exposición de Burdeos. — La exposición que actualmente se verifica en Burdeos es la décimatercera organizada por la *Sociedad filomática* de aquella ciudad: esta asociación, que se fundó en 1808 con 60 personas y que hoy cuenta 900 socios, pertenecientes á lo más selecto de la población bordelesa, tiene por objeto, según el artículo primero de sus estatutos, concurrir al progreso de las ciencias, de las artes, de la industria y de la instrucción pública, conceder en este sentido recompensas y estímulos, celebrar exposiciones, sostener cursos para el fomento de la enseñanza in-



Á ORILLAS DEL GUADALQUIVIR, dibujo original de Manuel García Rodríguez



SITIANDO LA PLAZA, dibujo original de Cecilio Pla



Fachada principal y fuentes luminosas de la exposición de Burdeos (de una fotografía)

telectual y moral y publicar sus propios trabajos y los que le son remitidos. Consecuente con este programa, ha fundado en Burdeos un curso de enseñanza gratuita técnico-comercial y profesional, que es un modelo en su género, y organizado exposiciones periódicas cuya importancia desde el punto de vista de la periodicidad sólo han superado las universales de París.

La exposición actual ocupa la vasta explanada de los Tresbolillos y sus inmediaciones, ó sea una superficie de cien mil metros cuadrados, espacio que á pesar de sus grandes dimensiones ha resultado pequeño para el número de expositores que al certamen han acudido. Compónese la exposición de un edificio principal que comprende una amplia nave, una inmensa sala rectangular llamada palacio de la Gironda, cuya fachada reproduce nuestro grabado. Adosada al palacio de los Vinos está la sala del Domo, construcción muy elevada que está ocupada por un teatro y contiene en su primera galería la exposición de las ciencias navales: la cúpula tiene una galería exterior, desde la cual se disfruta de una hermosa vista sobre la exposición y sobre la rada. En el hemisiciclo está la exposición de electricidad. En las grandes galerías del monumento central están expuestos los productos que forman parte de la exposición universal, como los vinos y licores, la electricidad y las ciencias sociales; en el primer piso del palacio de la Gironda hay la exposición internacional y local de bellas artes.

Las principales secciones, además de las indicadas, son: dos galerías de máquinas, el palacio de las Colonias, el palacio de las artes religiosas, el acuarium, la exposición militar, el panorama de la batalla de Nuits, la botella monumental, el monumento de la exposición obrera, las aldeas anamita y africana, las fuentes luminosas, el casino y las grandes galerías anexas que contienen todas las menudencias propias de las exposiciones.

**Carmen, estatua en barro cocido de Rafael Atché.**—En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración, por su vigoroso ingenio y maestría. A esta circunstancia se debe que nos limitemos á consignar únicamente que, á pesar de su constante labor, no decaen sus cualidades ni se amortigua su ingenio, ya que por el contrario acrecientanse á medida que la producción aumenta y el tiempo transcurre.

Nuestros lectores han podido admirar en las páginas de esta revista algunas de las geniales producciones de Rafael Atché, cabiéndonos hoy la satisfacción de aumentar la serie de las ya publicadas con la reproducción de la bonita estatua de *Carmen*, la protagonista de la inspirada obra del malogrado Bizet.

**Recuerdos del baile, dibujo original de Francisco Maura.**—A la galantería del distinguido pintor mallorquín Francisco Maura debemos la ocasión de poder publicar el bonito dibujo original titulado *Recuerdos del baile*.

El nombre del Sr. Maura es sobradamente conocido en el mundo del arte. Todavía están recientes sus últimos triunfos, y cuantos siguen con interés el movimiento artístico español han de recordar con gusto los cuadros *La venganza de Fulvia* y *Sin labor*, premiados en las exposiciones nacionales y hoy formando parte del Museo.

De ahí que nos circunscribamos á aplaudir al artista, que en unión de su hermano el distinguido grabador, tanto han enaltecido, con las producciones de su ingenio, el apellido que ostentan.

**En la terraza del casino de San Sebastián, dibujo de Méndez Bringa.**—Aquellos para quienes el veraneo no significa un descanso de la labor del resto del año, sino simplemente la continuación de la vida de ciudad interrumpida en las grandes poblaciones, por los rigores del estío en unas, por imposición de la moda en otras, han encontrado en San Sebastián cuanto apetecer podían. Allí las elegantes tienen ancho campo para lucir sus galas, los pollos terreno abonado para divertirse y hasta los políticos ocasión continua de proseguir los cabildos del salón de Conferencias. El boulevard, la Concha, la Zurriola ven desfilar á las principales notabilidades femeninas y masculinas de la corte, y el casino brinda á todas horas á los concurrentes sus muchos atractivos, ofreciéndoles durante el día su hermosa terraza, en la que se disfruta agradable temperatura y se goza de preciosa vista, y

abriéndoles de noche sus magníficos salones, en donde la juventud dorada se entrega á los placeres del baile.

Nuestro distinguido colaborador Sr. Méndez Bringa reproduce en su dibujo fielmente, y con esa pincelada fácil y distinguida que le caracteriza, el aspecto de la terraza del casino donostiarra, y por lo que en él se nos muestra comprendemos la predilección que por aquel bellissimo sitio tiene lo más selecto de la colonia madrileña, que acude todos los años á la capital de Guipúzcoa.

**Flores del campo, cuadro de Manuel Villegas Brieva.**—Delicada composición es, ciertamente, la que damos á conocer á nuestros lectores, obra del discreto pintor Sr. Villegas Brieva y una de las que más llamaron la atención de los inteligentes en la última exposición de Bellas Artes celebrada en Bilbao. En ella preséntase nuestro amigo como artista y como pintor, ya que aun en la sencillez y trivialidad del asunto por él escogido existe sentimiento y poesía, y pictóricamente considerada la obra resulta muy recomendable por las dificultades de tonalidad en ella resueltas.

No en balde el Sr. Villegas ostenta un apellido que significa una gloria artística para España, y aunque no sea el artista á que nos referimos quien la haya conquistado, justo es consignar que sigue con provecho la senda que tan brillantemente ha recorrido el laureado pintor que en Roma ha tantos años que enaltece con sus obras el arte patrio.

**A orillas del Guadalquivir, dibujo original de Manuel García Rodríguez.**—Grata impresión causa, cual todos los suyos, el dibujo *A orillas del Guadalquivir*, que reproducimos en estas páginas, original del pintor sevillano Manuel García Rodríguez.

Los premios alcanzados en varias exposiciones y el aplauso con que el público ha acogido siempre sus obras han dado á nuestro amigo honroso calificativo y el elevado concepto de formar en el grupo de nuestros primeros paisajistas.

Pocos como él han logrado trasladar al lienzo la vida, la frescura y la exuberante vegetación de la región andaluza, y pocos asimismo saben representar la risueña, la tranquila poesía de los paisajes de invierno, fríos y helados, imagen del letargo de la naturaleza.

*A orillas del Guadalquivir* es un bello apunte de los alrededores de Sevilla, fielmente copiado del natural y hermoso cual todo lo que rodea á la ciudad de la Giralda y del histórico Alcázar de D. Pedro.

**Ausias March y el príncipe de Viana, cuadro de J. Cebrián Mezquita.**—No es el Sr. Cebrián Mezquita un artista novel, al que sea preciso conquistar lauros y renombre para labrarse justificada reputación, puesto que sus méritos son de todos conocidos y sus obras atestiguan su valer y las cualidades que le enaltecen. Muestra de ello son sus grandes lienzos de carácter histórico, representando *El desembarco en Valencia de Francisco I*, *El destierro del Cid* y otros más, entre los que figura dignamente el que reproducimos, inspirado en el recuerdo de dos personajes que tanto significaron en la historia de nuestra región: el gran poeta Ausias March y el infortunado príncipe de Viana, á quien el pueblo glorificó después de ser malaventurado.

El Sr. Cebrián forma parte de ese grupo de artistas valencianos que tanto honran á su patria y al arte español.

**Sitiando la plaza, dibujo original de Cecilio Pla.**—Obra del laureado autor del notable lienzo *Lazo de unión*, premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid ha poco celebrada, es el dibujo que bajo el título de *Sitiando la plaza* reproduce un cuadro de costumbres en la coronada villa, que sin ser exclusivo de aquel pueblo, toma el carácter de la localidad por los tipos representados.

Artista observador y reflexivo, ha podido ya Cecilio Pla conquistar merecida fama. Muchas de sus obras han obtenido primeras recompensas en públicos concursos y algunas de ellas figuran en los museos ó en poder de distinguidos coleccionistas.

**En acecho, grupo en bronce de Agapito Vallmitjana Abarca** (fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona).—Vivo está el recuerdo de algunas de las obras de este joven escultor, que, como *El cazador de leones*, tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas preséntase el Sr. Vallmitjana Abarca vigoroso y elegante, fácil, pudiéramos decir, y correcto, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con ese modernismo que embellece todas las creaciones.

Vallmitjana Abarca no desdice de su padre, de quien sigue con gloria las huellas. Suyo es el grupo titulado *En acecho*, de que damos copia en este número, muestra de cuanto ha logrado realizar en el género especial por él escogido, preñado de dificultades y escollos, ya que se trata de la representación de animales.

## MISCELANEA

**Teatros.—Madrid.**—Eslava y Apolo han inaugurado la temporada de 1894 á 1895, sin que hasta ahora hayan dado á conocer ninguna obra nueva. Lara abrirá sus puertas dentro de breves días, y á fines de este mes la Comedia, en donde actuarán Mario y María Tubau. Para el Español María Guerrero cuenta, entre otras, con cuatro obras de Echegaray.

**Barcelona.**—Los últimos conciertos de la capilla rusa fueron para ésta otras tantas ovaciones y ofrecieron la novedad de algunas canciones populares catalanas, arregladas por el señor Alió y el maestro Morera y cantadas de un modo admirable por las señoritas Inna y Margarita Slavianski, á quienes el público colmó de entusiastas aplausos. En vista del éxito obtenido, parece que en breve volverá á Barcelona la capilla rusa á dar algunas audiciones más. En el Tivoli siguen las representaciones de *La Dolores*, cuyas bellezas no se cansa el público de admirar: la función de despedida del maestro Bretón fué digno remate de los triunfos que su hermosa obra le ha proporcionado en nuestra ciudad. En Novedades, la compañía Tomba continúa logrando honra y provecho y alternando con las óperas serias las operetas bufas.

## Necrología.

—Han fallecido: Alfredo Perca, notable dibujante español. Babington, profesor de Botánica de la universidad de Cambridge, uno de los más famosos botánicos ingleses y miembro de la Sociedad Real.

H. Baillon, eminente botánico y profesor de la facultad de Medicina de París.

José Derenbourg, célebre orientalista, gran conocedor de las literaturas judaico-rabina y árabe, individuo del Instituto de Francia y ex profesor de la «Escuela práctica de altos estudios» de París.

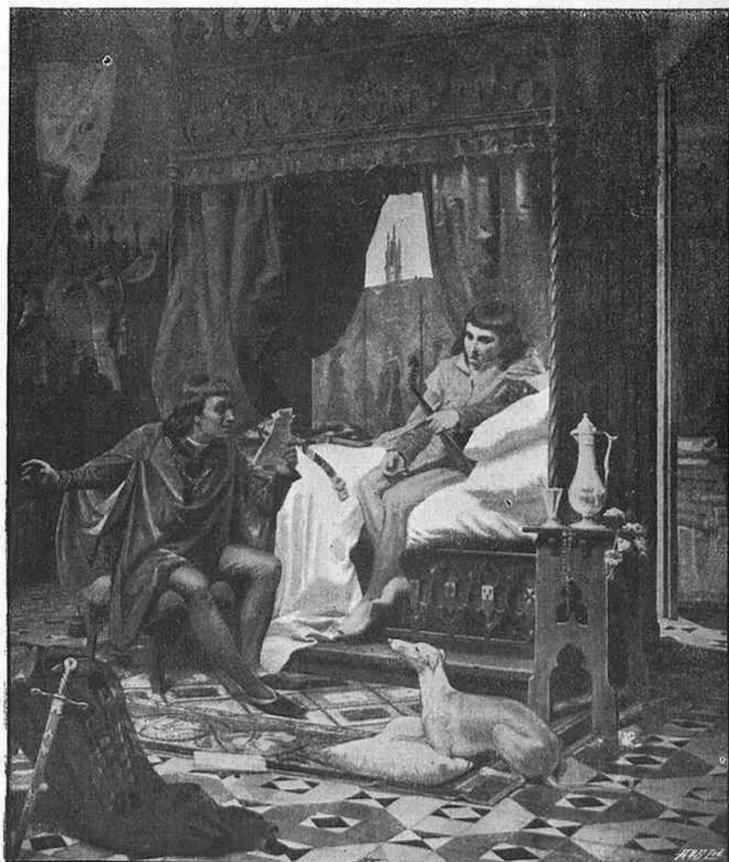
Alberto Eduardo Nagel, profesor de Oftalmología y director de la clínica oftálmica de la universidad de Tubingen, famoso oculista y tratadista notable en su especialidad.

Jorge Patinot, director del importante diario francés *Le Journal des Débats*, uno de los más reputados periodistas de Francia. Héctor Pessard, notable publicista, crítico de teatros del diario francés *Le Gaulois* y director del negociado de la prensa en el ministerio del Interior.

José Gerard, pintor y profesor de indumentaria en la Academia de Bellas Artes de Bruselas, considerado como una verdadera autoridad en aquella materia.

Enrique de Sybel, uno de los primeros historiógrafos alemanes, director del archivo del Estado de Prusia, profesor que ha sido de las universidades de Marburgo, Munich y Bonn, autor de varias importantes obras históricas, entre ellas de la *Fundación del Imperio alemán por Guillermo I* y *Correspondencia política de Federico el Grande*.

Roberto Toberentz, célebre escultor alemán.



AUSIAS MARCH Y EL PRÍNCIPE DE VIANA, cuadro de J. Cebrián Mezquita



Carmen leyó el billete

## LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— Y sin embargo, milord, como usted ha observado antes, ese anglófobo habita la mayor parte del año en las cercanías de Gibraltar. ¡Misterios de la psicología ó de la locura! Tiene casa en Madrid, en Sevilla varios hermosos cortijos con morada cómoda, y sobre todo una magnífica posesión próxima á esta última capital, en Villaverde del Río, que pasa con razón por ser la mejor de Andalucía; y no obstante prefiere su residencia de Gibraltar. Parece como que se complace en tener abierta la herida de su patriotismo. Aquel trapo, como él llama á la bandera inglesa que flota sobre el Peñón, le fascina. El marqués, no tocándole á su locura, es, como D. Quijote, hombre de elevada inteligencia y vasta instrucción; y yo á veces pienso en que él se ocupa en algún proyecto, fuego de Arquímedes, máquina infernal, ó cosa así, para destruir la formidable fortaleza inglesa, y por eso quiere estar á la vista del inexpugnable Peñón. Lo cierto es que desde que enviudó, hace cinco años, el marqués sacó á su hija del colegio de París, donde se educaba, y se encerró con ella, con su gota y demás alifafes en su casa del Campo de Gibraltar.

— ¿Está enfermo el marqués?, preguntó M. Vannier.

— Sí, señor; la gota sobre todo le molesta mucho y le obliga, á más de su misantropía, á vivir retraído. Sin embargo, desde el año pasado, su hermana, la duquesa de Rocamora, ha conseguido sacarle de su retiro y hacerle que pase el invierno en Madrid. La duquesa, que no tiene hijos, adora á su sobrina y probable heredera Carmen, á quien el año pasado presentó en el mundo, y el marqués, por consideración á su hija, se resigna á separarse del pintoresco panorama del Peñón de Gibraltar; pero apenas asoma el mes de abril se vuelve allá, como si allí respirase mejor. ¿Comprenden ustedes el tipo?

— ¡Bah, M. Manrique!, observó el diplomático, no es tan raro como á usted le parece. En mi país hay millares de personas que sienten la eterna pesadilla de la Alsacia-Lorena.

— Lo que me extraña, prosiguió diciendo el pollo del frac encarnado, es que el marqués viva tantos años con esa idea fija. ¡Gracias al cariño de su familia, que si no!.

— ¿Y la señorita de Marbella participa también del odio de su padre hacia Inglaterra?, preguntó Carlos.

— Si no con tanto extremo, natural es que esté también algo picada. No se vive con un loco sin contagiarse un tanto. Lo cierto es que Carmen, que va á todas partes, sea por imposición de su padre ó por

propio impulso, no ha asistido nunca á las recepciones que suele dar el embajador inglés... Manrique se interrumpió, oyendo el ruido de la orquesta. Luego exclamó, poniéndose en pie y tirando su cigarro:

— ¡Se acabó el descanso, estoy comprometido á bailar: soy el Judío errante del baile!

Y despidiéndose del conde y de M. Vannier salió contoneándose del fumadero.

— ¿Qué le parece á usted nuestro pollo?, dijo el diplomático. Ha estado bien explícito.

— ¡Demasiado!, contestó Carlos con profundo desaliento. ¡Ah, M. Vannier!, al oírle he sentido la primera pena grave de mi vida.

«A SIR OSVALDO LIMERIK.

»Madrid, 3 de enero de 1881

«Queridísimo Osvaldo: Perdona si no he contestado á tu primera carta. Espoleado por la segunda, voy á ver si puedo coordinar mis ideas, que revolotean en el pensamiento sin hallar salida, bien así como el murciélago encerrado entre cuatro paredes. En tu última carta me comparas á Byron, no en el genio, y si sólo en la romántica exaltación de mi carácter, y con esto te contestas á ti propio mejor que yo pudiera hacerlo. ¿Es posible, me dices, que el conde de Shéridan Argile, joven de veinticinco años, noble como un Plantagenet, futuro Par del reino, rico ya y opulento en el porvenir, esté haciendo el papel de un amante de novela?» Así somos todos: rechazamos lo que no sentimos. Tú comprenderías que yo me rompiera el alma en una carrera de campanario, porque te gustan los caballos, y no te explicas que sufra y muera quizá por el amor de una mujer. ¡Ah, querido Osvaldo! Tu culto por Sardanápalo ofusca la claridad de tu entendimiento, como el orgullo empequeñeció el de Byron al pensar su detestable tragedia. Sardanápalo, permitiendo á su amada morir con él en la pira, fué un egoísta vanidoso, y te suplico que nunca me le pongas por ejemplo.

«No niegues el amor exaltado, porque esta negación es una majadería, y debes comprenderle en mí mejor que en otro cualquiera. Tenía virgen la voluntad, pues he tenido cuanto he deseado, y ahora me estrello ante un obstáculo, y me sublevo á pesar mío, porque esto es dar en el vicio del orgullo, que tanto detesto, y yo quisiera sentir mi pasión inmaculada. Pero ¿quién no se irrita ante obstáculo semejante? Comprendo al guerrero de la balada alemana, que no

pudiendo vencer á los impalpables espectros que le acosaban, atravesóse el pecho con su espada. Yo no puedo ser feliz porque una bandera en vez de otra ondea sobre un peñón. ¿Entiendes esto? A esto me dirás que acuso delitos propios, que critico la exaltación del patriotismo y disculpo y acaricio la del amor, porque la siento. Tal vez tengas razón.

«En tu última carta me señalas un recelo, muestras una extrañeza que tiene visos de verdad, y me das un consejo: voy á contestarte punto por punto. Mi buen tío Wolff y tú, teniendo en cuenta mi carácter arrebatado y voluntarioso, teméis que mi amor contrariado me conduzca á un término fatal; es decir, acaso hasta el suicidio: desechad este recelo. Además de que mis creencias son tan firmes como las de mi madre, que me las inculcó, debo advertirte que si antes estaba enamorado del planeta ahora lo estoy de la vida. Figúrate un hombre nacido y viviendo en una noche eterna. Siéntese rodeado del poético y suave effluvio nocturno; aspira al aroma de esas plantas y flores que sólo se abren de noche; admira los espejismos de la sombra, el reflejo de los astros reverberando en las aguas con mágicos efectos de luz, y al alzar los ojos al cielo, se siente embelesado en la contemplación de tantos miles de soles, no obstante de que éstos sólo le envían un resplandor lejano y tenue. Parece hermoso todo esto, porque no ha visto otra cosa... Súbito percibe un fulgor desconocido que se diseña en la zona oriental, la sombra va aclarando, las estrellas palidecen y se ocultan como si se desvaneciesen en el espacio, el cielo se tiñe de púrpura, y en la superficie del mar rizado y ondulante aparece el sol, nuestro sol que nos acaricia con su calor y nos deslumbra con su hermosura.

«Pues bien, Osvaldo: yo estoy en el caso de este hombre... Te reirás de mis períodos líricos, y tal vez digas (porque te conozco): «¡Bah! No está tan hondamente afectado cuando tiene humor de escribir tales tonterías.» Es que toda pasión se desborda en frases; la madre no sólo ama y acaricia á sus hijos, sino que prorrumpe en expresiones tiernas, desahogo de su corazón.

«Desde que conozco á Carmen la vida ha tomado distinto aspecto para mí. Estaba desequilibrado y he encontrado base. Mis anhelos inexplicables, mis ímpetus, extravagantes si tú quieres, hanse fundido en un deseo único y tenaz... Ha salido mi sol; mas para desesperación mía, ahora se oculta tras ese maldito Peñón de Gibraltar.

«Comprendes, hasta cierto punto, el amor correspondido, pero no el desdeñado: yo, hasta cierto punto también, era y hasta soy de tu opinión. Mas, querido Osvaldo, es que creo que no me hallo en ese caso; lo cual, si bien me consuela, redobla mi angustia, por lo poco ó mucho que por causa mía pueda sufrir otro corazón.

«Tú, admirador de Sardanápalo, no comprendes estas delicadezas, y voy á explicarme para que me entiendas, hasta cierto punto. Cuando veo á la hija del marqués de Marbella en el teatro ó en algún otro sitio de reunión, la encuentro azorada, inquieta, como si mi presencia la fascinase. En dos ocasiones la he rogado que bailara conmigo, y ha rehusado con triviales pretextos, resignándose á no bailar en el resto de la noche. Insistí otro día, aceptó y bailamos. ¡Pero cómo!, sin decirnos una palabra, porque yo no quise aumentar su azoramiento. Al tocarse nuestras manos, la suya temblaba. Cuando terminado el rigodón la llevé al lado de su tía, no pude reprimirme, y antes de llegar le dije: «¡Compadézcase usted de mí!» Y entonces sentí el movimiento nervioso de un brazo que se desasía del mío. No he vuelto á invitarla á bailar, ni á dirigirla la palabra. Me he informado de su carácter. Cada vez la veo menos, porque cada día se presenta menos en sociedad; pero oigo con avidez cuanto se refiere á ella. La otra noche, en la tertulia íntima de la embajadora de Francia, se hablaba de ella cuando yo llegué. Tenía la palabra el conde de Brenes, padre del impertinente pollo que fué el primer heraldo de mi desdicha, y decía á la sobrina de mi embajadora: «Estamos de acuerdo, señorita. Carmencita Marbella ha variado por completo. Como ustedes saben, yo soy allegado á esas familias, y días pasados me preguntó la duquesa de Rocamora: «¿Podría usted decirme, querido conde, qué tiene mi sobrina?» y como yo mostrara extrañeza, repuso: «Carmen era antes alegre, demasiado alegre, y me traía en continuo movimiento: ahora soy yo la que tengo que animarla para que me acompañe. Hase tornado hurañá, silenciosa...» Algún devaneo amoroso — interrumpí yo. — A su edad, ¿qué otra cosa puede ser? «¡Un devaneo! ¿Pero cuál? — replicó la duquesa. — No la he notado preferencia por nadie. Además, aunque la tuviera, esto no puede ser motivo de tristeza. Es casi imposible que mi sobrina sienta un amor contrariado, porque ¿quién sería tan necio que la desdeñara?»

ni mucho menos una pasión ilícita que no cabe en su altivo y recto corazón.» No quiero cansarte, querido Osvaldo, con nimiedades, de las que seguramente te burlarás. He apuntado esta conversación para que comprendas que si Carmen sufre es posible que sea por causa mía. Seguro que si en vez de leerme me hablastes, me interrumpirías para decirme: «Pues entonces, ¡feliz mortal!, ¿de qué te quejas? Tú la adoras, ella te corresponde, ambos sois solteros y ricos; únete, pues, á ella á pesar del patriotismo de ese extravagante marqués de Marbella y de cuantos follo-nes y mandrines se opongan.» ¡Ah, Osvaldo! Tengo la completa, la absoluta seguridad de que ella no se unirá ni á mí ni á nadie sin el consentimiento de su padre. Además participa también del odio de éste hacia todo lo inglés: me lo prueba una frase que la oí en el Campo de Gibraltar. Creo que mi pasión ha labrado en ella, que no soy ajeno á su mudanza de carácter por todos observada, y no obstante debo renunciar á toda esperanza. En cuanto á seguir tu consejo de poner tierra de por medio, ¡imposible! Mi suerte está echada: viviré siempre donde ella viva. Si ella sale de Madrid, haré una rápida excursión á Londres para abrazaros á mi buen tío y á ti; pero después iré donde ella esté, para embelesarme viéndola, para sufrir si ella sufre, quizá por mí. Tal es, en suma, la pasión: un goce en una pena.

»CARLOS.»

### PARTE TERCERA

#### I

El invierno del año de 1882 fué uno de los más crudos que en Madrid se han conocido. No llovió apenas, pero helaba casi continuamente. El sol no tenía fuerza, como si fuese un astro moribundo. Las pulmonías hacían su agosto en enero y febrero, y los madrileños que pudieron llegar á marzo mirábanse unos á otros, entre atontados y satisfechos, como náufragos salvados en una tabla. No hay que decir que con tan rigurosa estación, si heladas las fuentes y hasta el pobre Manzanares, lo estaban los lagos y estanques con más consistencia; lo cual fué estímulo para que se desarrollara la afición á patinar, iniciada ya en los años anteriores. Este ejercicio tiene cierto sello elegante, y por esto la gente que en Madrid presume de serlo entregóse á él con encarnizamiento. Uno de los sitios favoritos para dedicarse á este género de diversión era el estanque del jardín del duque de A..., donde concurrían con el difunto rey D. Alfonso lo más selecto de la sociedad madrileña. Había motivo para esta predilección. Además del tono aristocrático del hermoso palacio y todas sus dependencias, el estanque, situado en alto, escueto al Norte y muy amplio, ofrecía todas las condiciones apetecibles. El hielo tenía allí una consistencia de piedra, especialmente en un canalillo que forma el estanque, defendido de la influencia del sol por una apretada hilera de gruesos álamos que se alzan en ambas orillas, y cuyas hojas (cuando las hay) se enlazan formando una bóveda de verdura. Adquiere el hielo tal espesor en este sitio, que los jardineros no se tomaban el trabajo de tantearle.

Un día de los últimos de enero, próximamente á las tres de la tarde, había algunos patinadores en el susodicho estanque y algunos espectadores en las orillas. La concurrencia no era grande, porque el rey y la infanta Isabel patinaban aquella tarde en la Casa de Campo, atrayendo, como es natural, á la mayoría del mundo elegante. Sin embargo, el lector va á encontrarse con algunos conocidos nuestros, reunidos por diversas causas y aspiraciones. Entre los espectadores podemos citar á la duquesa de Rocamora, sentada entre el embajador de Francia y el primer secretario M. Vannier, deseoso siempre de oír las agudezas de la ingeniosa señora. A alguna distancia el duque de A..., ayudado por el conde de Brenes, hacía los honores de su jardín á la embajadora francesa y á varios diplomáticos, nuevos en Madrid, á los que el conde explicaba el origen del oso y del madroño que figuran en las armas de la villa y corte. Había además alrededor del estanque algunos otros grupos que no nos interesan, y no faltaba un cronista de *La Correspondencia de España*, encargado de las revistas del patinaje. Caía la tarde, y con esto comenzaba una helada soberbia. A pesar de los abrigos de pieles, los rostros empezaban á amorsarse de frío, pero todos le soportaban heroicamente, porque la diversión lo exigía.

En el estanque bullían varios patinadores de ambos sexos, jóvenes en su mayor parte y aprendices los más. La flor y nata de los diestros resbaladizos hallábanse en la Casa de Campo. Aquí no había ninguno que hiciese dibujos y otras lindezas con los pa-

lines. Patinaba Manrique Brenes, el precursor del frac encarnado, pero dedicaba á este ejercicio una atención desdeñosa. A pesar de su escepticismo amoroso, empezaba á sentir los flechazos del amor y dedicaba sus galanterías á Leonie, la joven y linda sobrina de la embajadora de Francia, que era una de las patinadoras. Carmen Marbella patinaba también con notoria habilidad, pero abstraída y silenciosa, como si su pensamiento estuviera en otra parte. En suma, poca animación. Sólo Leonie y el pollo Manrique daban el trazo alegre en aquel cuadro de hielo, adelantándose ella, que era más hábil, y procurando alcanzarla él. Por esto la duquesa de Rocamora dijo á un ex ministro aficionado á toros, que se aproximó á saludarla:

— ¡Verdad, Romero, que el estanque se parece hoy á la plaza del Puente de Vallecas? Sólo mi sobrina torea algo: los demás en mucho tiempo no pueden aspirar á la alternativa.

— Pues aquí vienen espadas de cartel, contestó el ex consejero de la corona.

#### II

Aludía á un grupo de caballeros, recién llegados, que se acercaron á saludar al duque de A... Eran todos extranjeros, y entre ellos se contaban un ruso y el primer secretario de la embajada inglesa, notables patinadores ambos. El conde de Shéridan Argile estaba también entre ellos. La mayor parte, calzados los patines, entraron en el estanque, que se animó con este nuevo y valioso refuerzo. El ruso escribió en el hielo patinando el nombre del czar, y el diplomático inglés hizo ejercicios de sorprendente habilidad. Carlos Shéridan, que patinaba también, era una medianía, pero atraía la atención por su elegante figura y la distinguida gracia de sus arranques; gracia bien natural, puesto que él sólo se ocupaba en mirar á la señorita de Marbella, si bien *refrenando* sus ojos al mirarla. En una ocasión en que seguía la estela de Carmen avanzó hasta ponerse á su lado y le dijo:

— Señorita, lleva usted desatado un patín. Permítame usted que se le arregle.

Ella se detuvo, él hincó una rodilla en el hielo, ató el patín, y al incorporarse fijó en la joven una mirada tan triste, tan apasionada, tan elocuente, que aquella sintió humedecerse de lágrimas sus ojos, y quizá para ocultar su emoción describió un círculo alrededor del estanque, y entróse en el canalillo ya mencionado. Momentos después oyóse un grito de angustia, sobresaltáronse espectadores y patinadores, y todos acudieron hacia el sitio en que se había oído aquél. Pero los patinadores se detuvieron temerosos, pues al embocar en el canal vieron un extraño y doloroso espectáculo: Carmen estaba hundida en el hielo, asomando sólo la cabeza, y el conde de Shéridan, sumergido también, con la cara y manos ensangrentadas, hacía esfuerzos para sacarla, asiéndola por debajo de los brazos. Guardas y jardineros que habían acudido ayudaron al conde, y ambos jóvenes fueron sacados á la orilla.

Consternación general. El duque de A... pateaba de cólera, jurando despedir á toda su servidumbre por su descuido en tantear el hielo. La duquesa de Rocamora recibió en los brazos á su sobrina, la cual no presentaba lesión alguna, y sí sólo un síncope, del que no tardó en volver. En cuanto á Carlos habíase sumergido por completo al principio, cortándose una oreja y las manos, pero siendo de estatura elevada pudo hacer pie en el fondo del canal, erguirse y atender al socorro de Carmen. Nadie se explicaba aquel accidente, porque unos pilletes de las caballerizas del duque de A..., que fueron los culpables, guardáronse bien de hacerlo. De una á dos de la tarde, hora en que guardas y jardineros estaban comiendo, habían entrado en el jardín y se solazaron á sus anchas sobre el hielo, golpeándole hasta hacer saltar un surtidor y cometiéndole otras mil diabluras.

Los náufragos del canalillo fueron llevados al palacio, donde se secaron y mudaron de ropa traída de sus respectivos domicilios. El médico del duque de A... aplicó el oportuno remedio á las cortaduras de Carlos, y el suceso por el pronto no tuvo otras consecuencias. Carmen no sufrió novedad alguna, pero aumentóse la tensión de espíritu en que hacía tiempo vivía por causas fáciles de adivinar, tensión que se convirtió en continua excitación nerviosa al leer en los periódicos que el conde de Shéridan Argile, segundo secretario de la embajada de Inglaterra, estaba postrado con un ataque cerebral, de resultados de un enfriamiento. La duquesa de Rocamora creyó procedente presentarse en la embajada inglesa, en donde el enfermo habitaba, y aunque no pudo verle fué recibida por el embajador. Desde aquel día mandaba todas las mañanas á su mayordomo á enterarse

del estado del doliente. Cuando el marqués de Marbella, que como ya sabemos, vivía en compañía de su hermana, oyó el relato del accidente en el estanque, dijo: «¡Es lástima que ese joven sea inglés!» En cuanto á Carmen..., ¿quién podría expresar lo que sentía? Amaba á Carlos con todas las fuerzas de su alma. Desde hacía mucho tiempo sentíase *absorbida* por aquella pasión, porque el amor intenso y respetuoso del joven extranjero era de esos á que no resiste un corazón delicado. En este punto, preciso es confesarlo, la mujer es superior al hombre; pues siente mejor la gratitud y la compasión. Acaso en este sentimiento interviene el amor propio; tal vez al corresponder al amor del hombre que la adora, recompensa la mujer lo *acertado* de la elección. Carmen desde que conoció la nacionalidad del conde de Shéridan quiso luchar contra su amor, pues harto comprendía el obstáculo que á él se oponía. Luchó doblemente por su padre y por ella misma, porque altiva y recta, sentía el perpetuo ultraje que Inglaterra infiere á España. Pero ¿qué tenía que ver aquel pobre joven, tan simpático, tan tierno, tan respetuoso, con las depredaciones de su país? ¿Por qué no era francés, como ella creyó en un principio? ¿Por qué no supo desde el primer momento su origen? Quizá entonces la *repentina simpatía* no hubiera tomado cuerpo. Así como Carlos oía hablar de ella, ella oía hablar de él. Los jóvenes diplomáticos de la embajada inglesa, mister Vannier, que le había conocido frívolo y bullicioso en París, y otras varias personas convenían en que al conde de Shéridan *le pasaba algo extraordinario*; tal era la mutación de carácter que observaban en él; sobre todo no se explicaban que con su gran nombre é inmensa fortuna hubiese solicitado el puesto de segundo secretario de embajada.

Pero ella se lo explicaba todo.

Y como si el acaso tuviera interés en fomentar su pasión, la preparaba señuelos extraordinarios; pues extraordinario había sido el accidente del estanque. El conde de Shéridan habíala salvado, y estaba peligrosamente enfermo, y sufría por causa de ella. ¿Qué menos había de hacer ella que rendirle por completo su corazón?

#### III

La duquesa de Rocamora, como ya se ha dicho, enviaba todas las mañanas á su mayordomo á la embajada inglesa á enterarse del estado de la enfermedad del conde de Shéridan; pero á Carmen no le bastaba saber de él una sola vez al día, y todos, poco antes de anoecer, mandaba con igual objeto á su doncella. Ésta, que se llamaba Antonia, tenía tres años más que Carmen, era hija de un antiguo guarda de la hacienda que el marqués poseía en Villaverde del Río, y se había criado con su señorita. Ambas jóvenes se querían como hermanas, conservando siempre, por supuesto, la distancia de clases.

Una noche, dos semanas después de haberse iniciado la enfermedad del conde de Shéridan, volvió Antonia de la embajada inglesa y buscó á su señorita que, como siempre, la esperaba con ansiedad. Desde luego Carmen observó un aspecto particular en su doncella, y temiendo alguna novedad funesta, apresuróse á preguntarle:

— ¿Qué hay, Antonia? ¿Cómo sigue el enfermo?

— Lo mismo, poco más ó menos, señorita, contestó la doncella con un acento extraño que alarmó á Carmen.

— No me engañes, dime la verdad.

— Siempre la digo, y aun pudiera decir que sigue mejor, pues ha recobrado el conocimiento.

— Entonces, ¿por qué traes ese aire tan preocupado?

— Señorita..., es que...

— ¿Qué es? Vamos, di, no me impacientes.

— Es que sucede una cosa... No sé cómo decirlo... Puede que haya hecho mal.

— ¿Pero qué has hecho? Acaba de una vez.

— Si la señorita lo permite, empezaré por el principio.

— Empieza por donde quieras, pero pronto.

— Lo digo al tanto de que sabiendo cómo han pasado las cosas, verá la señorita que no he podido hacer otra cosa.

— ¡Eres insufrible!

— No se incomode usted, ya verá lo que ha pasado. Oiga usted.

— Di.

— Llegué como siempre al portal, donde está la mesita con la lista de los que van á preguntar por el enfermo. Pregunté al portero, y en vez de contestarme, tocó un timbre. A poco acudió un criado muy bien puesto, que me dijo en chapurrado: «Haga usted el favor de subir.»

— ¡Ah!

- Subimos, atravesamos unas piezas muy alumbradas, y llegamos junto á una cortina. Entonces el criado me dijo: «Espere usted...» Yo estaba algo sobresaltada...

- Sigue, sigue.

- Volvió á salir al momento y volvió á decirme: «Pase usted,» y alzó la cortina para que yo pasara. Pasé y me encontré con un viejo, que parecía ayuda de cámara. La pieza donde entré era grande y estaba poco alumbrada. El viejo me señaló un sitio, donde detrás de dos columnitas con colgaduras levantadas había una cama...

- ¿La del enfermo?

- Sí, señorita. ¡Pobrecito, qué desmejorado está!

- ¿Qué sabes tú? ¿Le conocías?

- ¡Vaya, señorita! Pues qué, ¿somos ciegos? Le he visto pasar mil veces por aquí á pie, á caballo, guiando coches. La última vez que pasó estaba yo en el portal hablando con el portero; por cierto que el señor Félix dijo: «Mira, Antonia, ¡qué señorito tan guapo, y qué caballos lleva!»

- Bueno: sigue, sigue.

- Pero enfermo y todo, sigue guapo, parecía en la cama un Santo Cristo rubio. El viejo me indicó que me aproximase. En la mesa de noche había un candelabro con tres bujías, pero una sola estaba encendida. El viejo incorporó al enfermo sobre las almohadas y se marchó. Entonces el señorito me dijo, fijando en mí sus ojos:

- «He sabido que viene usted todos los días á saber de mí.»

- Sí, señor, contesté yo muy confusa; las señoras me envían.

Siguió mirándome con ojos cada vez más tristes y más dulces, y continuó diciendo:

- «Tengo que pedir á usted un favor, que como tal vez me muera, espero que no me niegue.»

No contesté. Sacó de debajo de la ropa una mano muy blanca, y tomó muy despacio en el cajón de la mesa, que estaba medio abierta, un estuchito y un billete...

Carmen oía trémula de emoción.

- Me alargó ambas cosas, prosiguió Antonia, y yo las tomé sin saber lo que hacía...

- ¿Las tomaste?

- Sí, señorita. Estaba aturdida de sorpresa. El enfermo siguió diciendo: «El estuche es para usted. Como lo probable es que me muera, deseo que conserve ese pobre recuerdo de agradecimiento por las molestias que se ha tomado por mí. Ese billete - prosiguió diciendo de un modo que parecía que lloraba - suplico á usted que se le entregue á su señorita Carmen,» y como comprendiera que yo iba á negarme, continuó: «¡Se lo pido á usted por Dios! A un moribundo no se le niega nada.»

- ¡Oh, Antonia!

- Señorita, no sé si he hecho bien ó mal, pero yo no podía negarme. Además, entraron de pronto dos caballeros, uno de ellos creo que era el médico, y salí de allí casi sin darme cuenta de lo que me había pasado. Aquí está el billete... El estuche tiene unos pendientes preciosos...

Carmen leyó el billete, escrito en letra apenas inteligible, que decía:

«Si vivo, rechazado ó correspondido, viviré por usted y para usted: si muero, acuérdesse alguna vez del que tanto la amó.»

IV

Transcurrieron quince ó veinte días, en los que la enfermedad del conde de Shéridan presentó diversas fases. Después de haber pasado el ataque cerebral, inicióse ligera mejoría. Pero á poco se declaró una tenaz dispepsia, y á consecuencia de la debilidad producida por ésta y de uno de esos bruscos cambios de temperatura tan frecuentes en Madrid, se produjo una pulmonía. La duquesa de Rocamora era harto sagaz para no comprender que la agitación que notaba en su sobrina estaba íntimamente enlazada á la enfermedad del conde de Shéridan, y sólo la decía lo que parecía conveniente del informe diario que la daba su mayordomo. Pero Carmen, por medio de su doncella, sabía la verdad. Supo, pues, el peligroso estado en que se hallaba Carlos, y que habían llegado á Madrid el conde de Wolff y Sir Osvaldo Limerik, tío el primero y amigo predilecto el segundo del joven enfermo. Desde entonces Carmen vivió en continua angustia, tanto, que hasta el marqués de Marbella, á pesar de su abstracción, hubo de notarlo.

- ¿Qué tienes?, preguntaba á su hija, estás pálida como una muerta y te vas quedando en un hilo.

Ella lo achacaba al excesivo frío que excitaba sus nervios, y entonces el marqués, que observaba ade-

más que su hija y hermana no salían tanto, solía añadir:

- Pues para ponerte enferma y no divertiros, no valía la pena de que me hayáis hecho venir á Madrid.

Una noche, poco antes de la hora de la comida, al atravesar la duquesa por una galería que daba al portal de la casa, vió entrar á Antonia, la doncella de Carmen.

Chocóle que ésta viniese sola de la calle, y con su habitual penetración, comprendió de dónde venía. Salió al encuentro, la preguntó, y la muchacha, después de torpes reticencias, concluyó por confesar su diaria visita á la embajada inglesa.

- ¿Y qué te han dicho?, preguntó la duquesa. ¿Cómo sigue el enfermo?

- Muy mal. Esta noche le dan el Viático.

- ¿Esta noche? ¡Pues cómo Ramón no me ha dicho nada!

- Se comprende, señora. Esta mañana el enfermo seguía lo mismo que ayer; pero después se ha agravado mucho, y él mismo ha pedido que le administrasen hoy el Santo Viático, pues á lo que parece ese señorito es muy buen cristiano.

- No se lo digas á la señorita.

- Pensaba no decírselo.

- Pues bueno, ten cuidado de que no se te escape.

Desde aquel momento la duquesa estuvo preocupada, por varias razones. Su casa estaba situada en la Cuesta de Santo Domingo, y era de suponer que, como sitio más escueto, el Viático pasase por allí, en dirección á la calle de Torija, en donde está la embajada de Inglaterra; pues antes del último arreglo parroquial, la parroquia de aquel barrio era la iglesia de San Martín. Como el toque de la campanilla anuncia el paso del Viático, era casi seguro que Carmen la oyese y se enterara de á quién estaba destinada la santa visita; lo cual sería un rudo golpe para ella. La duquesa no sabía qué hacer para apartar esta contingencia, puesto que iban á sentarse á la mesa, y el comedor tenía balcones á la calle. Podía ser que la religiosa comitiva no pasara por allí, ó que aunque Carmen la oyera no se enterase; pero eran estas probabilidades poco seguras.

El marqués, la duquesa, Carmen y su aya, doña Victoria, sentáronse á comer. La comida fué triste. El marqués comenzaba á sentir el ataque de gota, la duquesa y Carmen estaban preocupadas, ya sabemos por qué motivos, y en cuanto al aya, era de suyo ensimismada y silenciosa. Estaba á punto de terminar la comida, y la duquesa íbase tranquilizando, cuando de repente sonó el toque de una campanilla que, no obstante estar cerrados los cristales y maderas de los balcones, oyóse claro y distinto en el silencio de la noche.

- Pasa el Santo Viático, dijo doña Victoria, levantándose y tomando un candelabro con dos bujías encendidas que había en un aparador. El marqués, incorporándose con trabajo, se puso en pie. La duquesa y Carmen siguieron al aya y se arrodillaron en el balcón.

El piadoso acompañamiento bajaba por la Cuesta de Santo Domingo.

- Trae muchas hachas y coche, observó el aya. La duquesa estaba sobresaltada; Carmen tuvo un presentimiento.

Los primeros que alumbraban al Viático tenían aspecto de criados de casa grande. Después venían algunos caballeros, y por último un coche á cuyos dos lados iban otros seis criados de librea.

Carmen conoció ésta, conoció al cochero que guiaba el carruaje, y hubiera caído al suelo á no haberla recibido en sus brazos la duquesa.

Sufrió aquélla un violento ataque de nervios. Ya en la cama, se sosegó merced á los cuidados que le prodigaron, pero quedó muy postrada. Cuando vieron que ya estaba tranquila, el marqués se retiró á su cuarto, el aya se instaló en una butaca y empezó á dormir, y la duquesa iba y venía de la habitación de su sobrina á la de su hermano, al cual íbasele agravando la gota. En una ocasión, al acercarse á la cama de Carmen, notó que ésta ocultaba el rostro entre las ropas, y la dijo:

- ¿Por qué te tapas? Sé que estás llorando, ¿y por qué lloras?

V

Dos días después, Carmen estaba repuesta, aunque muy débil. La duquesa recibió una carta de la embajadora de Francia, en la que ésta le daba amistosas quejas, por no verla en su tertulia hacía mucho tiempo. La duquesa iba á contestar disculpándose, pero Carmen mostró deseos de ir aquella noche á la tertulia. Su tía comprendió el motivo, que

era la esperanza de oír hablar del conde de Shéridan y de su enfermedad. Con efecto, cuando entraron en el salón de la embajadora, se hablaba del enfermo, alabando unánimemente sus prendas personales y lamentando la dolencia que le aquejaba. A poco, presentóse M. Vannier, primer secretario de la embajada, y la embajadora le preguntó:

- ¿Ha visto usted al conde de Shéridan?

- Acabo de separarme de él.

- ¿Cómo sigue?

- Lo mismo.

- Pero ¿qué hacen los médicos que no le curan ó le matan?

- Los médicos, señora, combaten las afecciones que conocen. Pero hoy mismo me decía el conde: «Estos pobres doctores no saben de qué enfermedad muero. No es de su parte de donde ha de venir el remedio.»

Al decir estas palabras, parecióle á Carmen, que oía con ansiedad, que el diplomático la miraba intencionadamente. Estuvo á punto de prorrumpir en sollozos, pero pudo reprimirse. Afortunadamente se varió de conversación. Cuando salieron de la embajada, ya en el coche, la duquesa de Rocamora dijo á su sobrina:

- ¿Has oído lo que ha dicho M. Vannier referente al conde de Shéridan?

- ¡Ah, tía!, exclamó Carmen dejando correr las lágrimas tanto tiempo contenidas.

- A lo que parece necesita auxilios que los médicos no pueden darle.

- ¿Y qué he de hacer yo?

- Lo que dicte tu corazón.

A la mañana siguiente el conde de Shéridan recibió un billete concebido en estos términos:

«Si Dios oye mis ruegos, vivirá usted para mí. Y si una firme voluntad allana los obstáculos, no ha de faltarnos la mía. - C.»

Pasados tres días, al volver el mayordomo de la duquesa de Rocamora de la embajada inglesa, dijo á su señora que se había iniciado en el enfermo notable mejoría. Al anochecer, Antonia, la doncella de Carmen, confirmó tan grata nueva, exclamando, apenas vió á su señorita, que como siempre la esperaba con ansiedad:

- ¡Casi fuera de peligro! ¡Pronto voy á ponerme los pendientes que me regaló! Los médicos están admirados. El señor cura de San Martín, que salía del cuarto del enfermo, lo cree un milagro del Santo Viático.

Carmen, no obstante sus preocupaciones, no pudo menos de sonreírse á la idea de que tal vez ella había tenido parte, aunque mínima, en aquel milagro.

Con efecto, la mejoría fué imprevista y rápida. Lord Wolff decía á su sobrina:

- Lo ves, Carlos, lo que yo me figuraba: con tu naturaleza sana y robusta, no podías morirte.

Y el conde contestaba:

- Sí, tío, la naturaleza.

Pero á su amigo íntimo, Sir Osvaldo Limerik, le decía enseñándole el billete de Carmen:



Esta ha sido la gran panacea

- Esta ha sido la gran panacea. Desde hoy me sardanapalizo. En cuanto me ponga bueno imitaré á tu ídolo: pediré á Carmen que se arroje conmigo á la pira, para abrasarnos en la llama de... amor.

(Continuará)

## SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SENEGAL Y EL SUDÁN FRANCÉS  
EN EL CAMPO DE MARTE DE PARÍS

Entre las muchas exposiciones etnográficas que en el Campo de Marte de París se vienen celebrando

menos saliente: parecen, permítasenos la comparación, europeos que hubiesen tratado de convertirse en negros.

Entiéndase que al hablar así nos referimos á los peules puros, porque entre esos pueblos abundan los mestizos, productos de cruzamientos con los wolofes y otros.

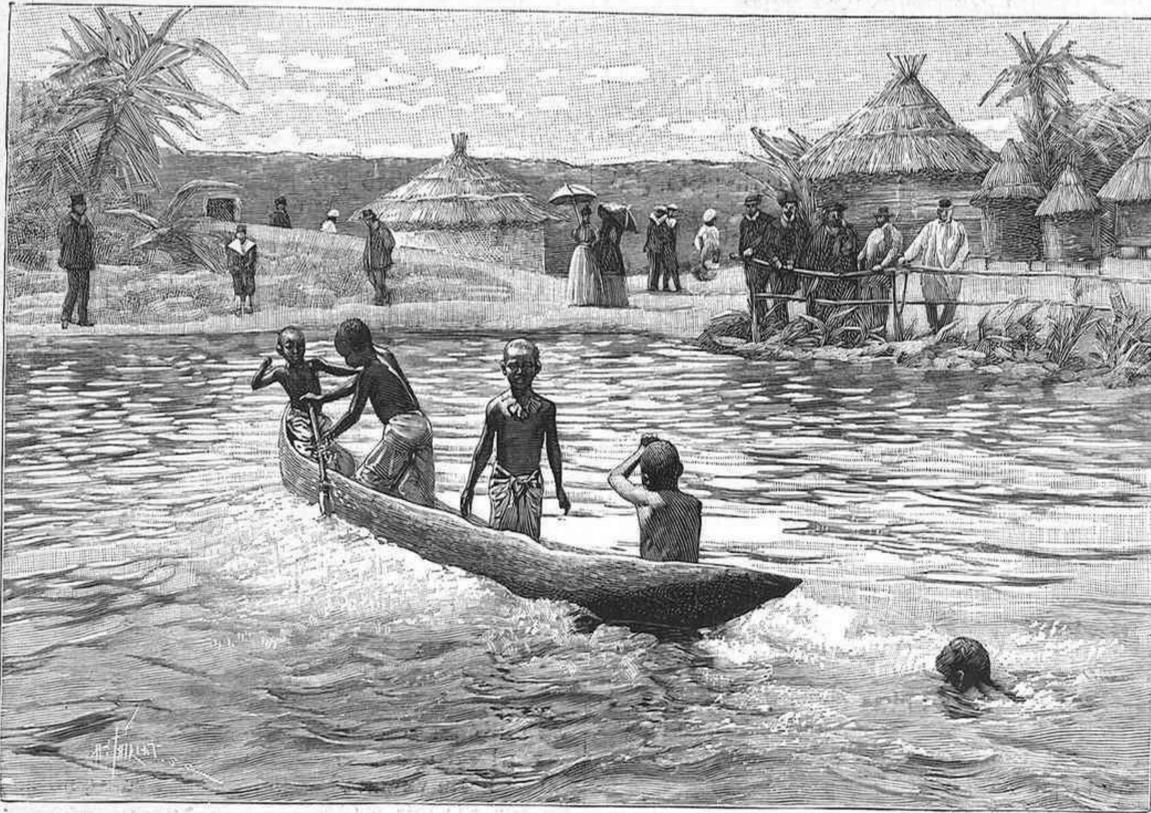


Fig. 1. - Niños negros del Senegal bogando en una piragua en un lago artificial en el Campo de Marte de París (de una fotografía)

de algún tiempo á esta parte, ninguna ha sido mejor comprendida que la organizada recientemente por los Sres. Barbier: es una aldea de negros trasplantada allí, no sólo con sus habitantes, sino que también con sus costumbres y usos, con todos esos mil pequeños detalles que únicamente pueden conocerse después de una larga permanencia en las apartadas regiones y cuyo estudio constituye la ciencia del hombre.

Cada familia negra de las instaladas en el Campo de Marte tiene una vivienda construída con adobes: todas estas casitas, copiadas fielmente de la de aquellos países, están agrupadas por razas, los wolofes separados de los peules y éstos de los susús. La mezquita con sus dos torres puntiagudas domina este conjunto de edificios.

Las producciones del país están representadas en la exposición, habiéndose sembrado varias plantas, especialmente el cacahuate, y traído algunos animales, como monos, puercoespines y gallinetas. También se han instalado allí enormes colmenas.

Pero examinemos al hombre.

Para el vulgo todos los negros son unos: un hombre de color negro, nariz chata, cabello lanoso, pómulos salientes, labios abultados y risa estúpida; y sin embargo, en Africa las razas son muchas y muy variadas, y se distinguen con la misma facilidad con que aquí distinguimos á los naturales de naciones ó regiones distintas. Solamente en el Senegal pueden observarse por lo menos seis, cada una de las cuales está representada en la exposición del Campo de Marte.

Los wolofes ó leybús, negros de la costa, habitan San Luis y Dakar; han estado en contacto con los europeos, conocen algunas palabras del francés y son fieles á la bandera de Francia, que ondea desde hace siglos en su país. De ellos salen la mayor parte de los tiradores senegaleses y se levantan en masa cuando se trata de ir á batirse lejos y de conquistar Dahomey ó Madagascar.

Los wolofes ó leybús, como sus hermanos los sereres, que habitan un poco más al Sur, son hermosos tipos de su raza; su piel es de un negro subido, su fisonomía en extremo característica y su estatura muy elevada, no siendo raros entre ellos los hombres que miden un metro noventa centímetros.

El talón prominente no se presenta en ellos con frecuencia y las pantorrillas tienen generalmente regular desarrollo.

Los peules del Sudán, en cambio, son de un color negro rojizo menos obscuro que el de los wolofes; su rostro es menos ancho, sus cabellos negros y lisos menos lanosos, la nariz más pronunciada y la boca

Los peules son fanáticos musulmanes y enemigos de los franceses: Faidherbe luchó contra ellos, y no hace mucho que las tropas francesas hubieron de reducirles á la obediencia en Segú por la fuerza de las armas.

Además de estos dos tipos, que son los más importantes, existen otros muchos, entre los cuales citaremos: los bambarras del Níger, recientemente sometidos á los peules, que son verdaderos negros; los mandingos de Futa-Djallon y de la Guinea inglesa, de tipo no menos nigricio; los saracoteles y los kassonkés, mestizos de negros, de peules y de moros, los susús de la costa y los dioses del interior, representantes del país de los Ríos, esa región cuya capital, Konakry, crece de día en día y cuyo comercio se ha desarrollado extraordinariamente en estos últimos años y que se considera como el camino más corto y más seguro para llegar al Níger.

El moro se diferencia mucho de los tipos descritos y se aproxima más al tipo blanco, con su agradable rostro moreno, su barba, su altiva mirada y su nariz

aguileña. Habita en la orilla derecha del Senegal, en los confines del desierto que recorren sus hermanos los tuaregs. Los que hay actualmente en el Campo de Marte de París, instalados en una tienda de pelo de camello, son herreros y fabrican armas, brazaletes y las cajitas fetiches que se llevan suspendidas del cuello después de consagradas; pero también tienen algo de artistas y cincelan objetos de elegante forma con adornos delineados, curvas múltiples, ángulos y cruces.

Uno de los tipos más curiosos es el *negro blanco*, rareza de la que los sabios, desde Buffón, sólo habían podido hablar de oídas: es albino y pertenece á la raza uolove; sus padres son negros, lo propio que sus hermanos, siendo él el primer caso de tal naturaleza que se ha presentado en su familia. Nació con piel completamente blanca y cabellos blancos; sus pupilas, en cambio, son pardas y en su piel vense diseminadas algunas manchitas negras del tamaño de una cabeza de alfiler.

En la aldea reinan la animación y la alegría y sus habitantes dan continuas muestras del carácter bonachón que distingue á los de su raza, acercándose á los visitantes, dándoles la mano y pidiéndoles unos céntimos con acento regocijado como la cosa más natural del mundo.

Únicamente el morabito se mantiene en una actitud altiva y reservada: allí se le ve rodeado de chiquillos, haciéndoles recitar versículos del Alcorán inscritos en grandes tablas.

Las mujeres se ocupan activamente de los quehaceres domésticos; una corta la carne en pedacitos y hace cocer el arroz; otras machacan el grano en su enorme mortero de madera, trabajo largo y penoso. Todas tienen gran número de hijos, cuyo cuidado no les causa gran molestia: la madre lleva el pequeñuelo á la espalda dentro de un paño atado á la cintura; el chiquitín, que sólo puede asomar la cabeza, se acostumbra pronto á esta clase de cuna y en ella lloriquea, ríe y duerme. Las niñas se habitúan desde su infancia á esta carga, consecuencia de la maternidad, ensayando el papel de madres con sus hermanos menores á quienes llevan de este modo en cuanto tienen fuerza para ello, no faltando quien asegura que á falta de hermanitos hacen la práctica con una botella.

Esta costumbre no es exclusiva de las ulovas; dondequiera que la mujer ha de trabajar no puede llevar en brazos á su hijo como las europeas, y de aquí que se lo cargue á la espalda, en donde no la molesta, pues las manos le quedan libres para sus faenas y en la cabeza puede llevar fardos fácilmente. Así la vemos entre las japonesas, en África, desde el Congo á Zululandia, en América y en la Oceanía.

Todos los negros del Campo de Marte son fanáticos por el baile: la *cora*, especie de guitarra, y el *balafón*, parecido al tímpano de los húngaros, dejan oír sin cesar sus notas, siempre parecidas, acompañadas de palmoteos, mientras las mujeres hacen mil contorsiones y los hombres bailan la danza del sable. Más allá resuena el tamboril acompañando los



Fig. 2. - Grupo de negras en la aldea sudanesa construída en el Campo de Marte de París (de una fotografía)

ejercicios de los griots. Los griots constituyen una casta despreciada y al propio tiempo admirada: son los trovadores de los negros que cantan las hazañas de sus reyes y divierten á la multitud; ejecutan mil contorsiones de clown, imitan al tigre que se arrastra y salta á botes y al ciego que anda á tientas, para lo cual ponen los ojos en blanco y hacen otra porción de cosas análogas.

Entre los ejercicios que practican esos negros, el más curioso es el modo como se encaraman á los árboles: para ello les basta una cuerda que rodea el árbol y su cuerpo, siendo para ellos esto un punto de apoyo suficiente. Apoyándose en el árbol por los pies y por la cuerda, van subiendo alternativamente ésta y las piernas, conservando el cuerpo una posición casi horizontal.

Esta manera de subir á los árboles está muy generalizada no sólo entre los pueblos salvajes sino que también entre algunos civilizados.

Cada vivienda del Campo de Marte presenta un detalle nuevo: en una, vemos á una negra peinando á otra; con paciencia ejemplar se está un día entero uniendo los crespos cabellos de su compañera en pequeñas trenzas y formando con ellas distintos armatostes á modo de cascos y crestas; en otra un joyero fabrica sortijas y bra-

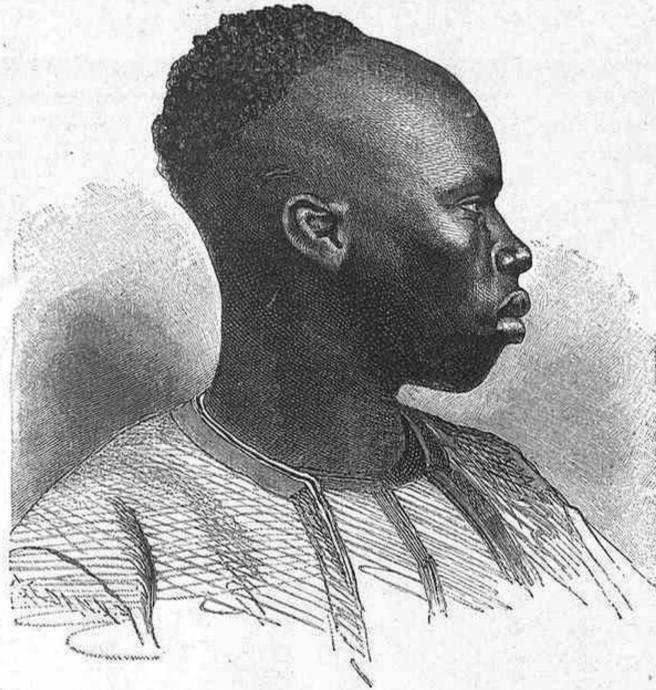


Fig. 3. - Un negro del Sudán (de una fotografía)

zaletes; aquí una negra confecciona cacharros con las manos y sin torno; allí un médico indígena cubierto de fetiches y de amuletos asiste á los negros enfermos con la misma gravedad de uno de nuestros doctores.

Un lago con numerosas sinuosidades permite admirar la prontitud con que los negritos se sumergen en el agua para pescar las monedas que se les arrojan: en el continente negro acércanse nadando al buque que arriba á sus costas, y piden que se les echen monedas que saben recoger sumergiéndose en el mar.

Otros chiquillos bogan en piraguas largas y estrechas vaciadas en un solo tronco, como puede verse en la figura 1. Este grabado y los otros dos que publicamos permiten formarse una idea completa de lo que son aquellas gentes y sus costumbres.

Por lo expuesto se comprende que el espectáculo del Campo de Marte constituye una verdadera exposición etnográfica; en ella no se ven salvajes cubiertos de ridículos ropajes que desempeñan un papel aprendido de antemano, sino que los negros que allí hay viven como en su país y siguen fielmente sus costumbres.

DR. FÉLIX REGNAULT

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.  
 (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXÍJASE el nombre y la firma AROUD**

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
**CANDES et Co.** 81, St-Denis, 46

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
**Depósito en todas las Farmacias**  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO  
**HISPANO-AMERICANO**  
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas  
**MONTANER Y SIMON, EDITORES**

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farmo, 114, Rue de Provence, PARIS  
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELÓUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PECAS (Taches de Rousseur)**  
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos dias sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE del D. H. DE SEGRÉ.** Acelón segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos Paris; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA St-JUST,** 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA  
 preparado con bismuto  
 por **Ch. Fay**, perfumista  
 9, Rue de la Paix, PARIS  
 El mejor y mas célebre polvo de tocador



En acecho, grupo en bronce de Agapito Vallmitjana Abarca  
(fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona)

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1873 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**CASTRITIS - CASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**

En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y Cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION**

**ASMA** y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
J. FERRE y C<sup>ia</sup>, Pcos, 102, R. Richelieu, Paris.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** **HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y **detienen las perdidas.**

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris

**LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.**

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**

Solucion **BLANCARD** y **Comprimidos de Exalgina**

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS, etc., etc.**

**JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS**  
**DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.**

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

**CARNE, HIERRO y QUINA**

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne, el Hierro y la Quina** constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la **Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc.** El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloracion y la Energía vital.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm<sup>e</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN